



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

COLEGIO DE FILOSOFÍA

SUJETO Y SIGNIFICANTE EN LACAN

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE

LICENCIADO EN FILOSOFÍA

PRESENTA

SAMUEL BERNARDO HEREDIA VILLANUEVA

DIRECTOR DE TESIS: DR. CESÁREO MORALES



México D. F.

Noviembre, 2013



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mis padres, Martha Villanueva y Samuel Heredia, quienes han apoyado con firmeza, respeto y amor la construcción de mi vida. Les digo, en un grito alegre, que los amo. Siempre llevo conmigo la belleza de sus miradas y la calidez de sus caricias.

A Blanca Heredia y Alejandro Villanueva, porque estuvieron en los momentos en que todo me desbordaba. Ustedes saben que el dolor y la incertidumbre estaban acabando conmigo. Sus cuidados y su amor incondicional han sido, día a día, apoyos imprescindibles. Me abrazaron cuando el llanto era insuficiente, y de la prudencia de sus palabras adquirí entereza.

AGRADECIMIENTOS

A la Universidad Nacional Autónoma de México y a la Facultad de Filosofía y Letras, por brindarme los espacios y recursos para mi formación académica. Agradezco al Dr, Cesáreo Morales su apoyo intelectual, sus admirables y acertados comentarios para la construcción de esta tesis. Gracias por su confianza y exigencia, por sus lecturas atentas. Con gran cariño y respeto agradezco a las Doctoras Greta Rivara y Zenia Yébenes, de quienes obtuve impresiones que han marcado mi vida. Su pasión y respeto por el pensamiento, la claridad y la seriedad en el diálogo, y la calidez de sus voces han acompañado mi formación. Gracias por enseñarme a privilegiar y a respetar las dudas y los silencios. Con admiración y cariño agradezco a la Dra. Sonia Rangel, por su apoyo y confianza, por su amistad. Gracias por ser mi interlocutora, por permitirme aprender de ti, por alentarme con tu alegría y fortaleza a perseverar en esa extraña pasión: el pensamiento.

A Ana María Suárez (†) y a José Villanueva (†) porque me cuidaron con el amor que sólo ustedes podían dar. Recuerdo sus palabras, sus gestos, sus regaños, sus consejos. Extraño su fortaleza, de ella me nutro siempre. Gracias por sus voces, resuenan en mí. A Teresa Chávez, por sus consejos y regaños, por la dulzura con la que permanece fuerte. A mi hermano Uriel Heredia y a mis hermanas Anahí Heredia y Laura Heredia, por nuestras risas, nuestros juegos y nuestras peleas. Gracias por acompañarme con sus travesuras, con sus bromas, con sus miradas, con sus lágrimas. A Luis Martínez Heredia, Carlos Martínez Heredia, Ángel Aguirre Heredia, Rosa Aguirre Heredia y a Francisco

Parada porque con ustedes comencé a cuestionar el mundo y a jugar en él. Gracias por compartir conmigo la inocencia que implica el desconocimiento. A Arturo Heredia, porque sus palabras y abrazos siempre me han brindado fuerza y cariño. A Kenia Hernández, Santiago Núñez, Samantha Núñez y Camila Heredia, por sus abrazos. Gracias, mis hermosos pequeños, por hacerme sonreír, por compartirme la seriedad de sus juegos, por su disposición para aprender de mí y por la confianza que me tienen. A la familia Fernández, especialmente a Mario y Gabriel, por su confianza desde siempre y por el gran cariño que nos tenemos. Gracias por sus pláticas, por su ayuda, por su calidez, por sus risas y su respeto. A Mauricio Díaz, porque has sido mi formador. Me enseñaste la virtud que hay en la renuncia y la sobriedad necesaria para sostener las decisiones, aunque sean dolorosas. A Mariel Robles y a su bella familia, por su apoyo, por su cariño, por su escucha. A Rosario Andrade, por su cariño, por su ayuda de siempre. A Libertad Guzmán, por compartir conmigo momentos de desesperación e inquietud. A Alexis Damián, por tus palabras prudentes, por la quietud de tu mirada. A Eric Chanocua, por el apoyo que me has dado con tu compañía, por nuestras pláticas, por nuestras risas y desconciertos. A Jimena Sánchez, por tus palabras y cuidados en momentos tan difíciles.

Gracias, a todos, por estar.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	1
1.- EL SIGNIFICANTE EN LACAN	
1.1.- El significante	7
1.2.- Instancia del significante	13
1.3.- El habla: efectos del inconsciente	22
2.- LA CARTA ROBADA	
2.1.- Las escenas: el drama real	33
2.2.- Los diálogos: el drama simbólico	40
2.3.- Sujeto de la estructura: lugar excéntrico	51
3.- SUJETO DEL SIGNIFICANTE	
3.1.- Función de significante en el inconsciente	59
3.2.- Causación del sujeto: escisión original	67
3.3.- Fading y enunciación	75
CONCLUSIONES	84
APÉNDICE	90
BIBLIOGRAFÍA	91

INTRODUCCIÓN

Lacan lleva a cabo una relectura de Freud. Uno de los instrumentos principales de esta práctica es la lingüística. Acude a Saussure, Jakobson y Benveniste para establecer una nueva teoría de la significación o, según sus propios términos, de *la significancia*. Además, siempre se encuentra en los lindes de la filosofía o dentro y fuera de sus terrenos con Hegel, Kant, Sade, Descartes, por mencionar los principales. Lacan también atraviesa la literatura. Edgar Allan Poe le ofrece el relato de la “La carta robada”, un punto entre otros, del giro que Lacan hace dar al lenguaje desde el lenguaje.

El primer capítulo de esta tesis tiene por cometido hacer una lectura crítica de los postulados que Lacan retoma de la lingüística, especificar su pretendida diferenciación y establecer, de encontrarse, los puntos en los que se vuelven irreductibles. El eje que marca la pauta es la contraposición entre el signo lingüístico y la modificación que Lacan hace de él al establecerlo como algoritmo. Las consecuencias y las implicaciones de dicha transformación son analizadas a la luz de algunas observaciones que, directa e indirectamente, hizo Derrida en sus lecturas concernientes a los problemas de significación.

A partir del establecimiento del nivel simbólico y de los efectos que ejerce sobre los sujetos adquiere relevancia y especificidad lo que Lacan recupera de los postulados de la lingüística. Particularmente, se proponen y se analizan los siguientes ejes temáticos, en tanto que se pueden considerar puntos nodales de la articulación/modificación realizada por Lacan: identidad semántica y semiótica, isomorfismo de la lengua, función referencial del

lenguaje, privilegio del significante, estatuto del fonema y su relación con el significante, función de separación de la barra y la articulación del significante con el significado.

Las modificaciones que realiza Lacan, lo llevan a tomar distancia respecto al sujeto de la lingüística y al de la teoría de la comunicación, para proponer y privilegiar terminantemente al sujeto del inconsciente. Los vínculos que establece entre el inconsciente y el lenguaje tienen lugar en las fallas discursivas. Lo que la lingüística y la comunicación desdeñan, le sirve a Lacan para sacar las consecuencias teóricas que lo posicionarán como uno de los más importantes estudiosos del psicoanálisis y del lenguaje.

El segundo capítulo de esta tesis, tiene como propósito revisar de cerca la articulación con la que Lacan establece el registro simbólico. Las observaciones específicas de Derrida sirven como eje y brújula. Este último, advierte de la importancia del pensamiento de aquél, de sus profundas relaciones con el discurso filosófico y de sus inevitables vínculos.

Sin embargo, obstinado y admirable lector, Derrida hace notar algunos descuidos teóricos, sutiles pero determinantes, en el planteamiento de Lacan. Tales como la utilización del espacio literario, el cuento de *La carta robada* de E. A. Poe, para establecer el vínculo entre la verdad y la ficción, por una parte y, por otra, sus relaciones con la fundación de la intersubjetividad; la neutralización de la función del narrador general y sus consecuencias; la delimitación del espacio de significación a partir de la homologación de la carta con el significante; el lugar del sujeto en el registro simbólico y su relación con el recorrido de la *carta-significante*.

El tercer capítulo es la revisión de las consecuencias que Lacan ha establecido a partir de las articulaciones arriba mencionadas. De ellas se extrae el privilegio terminante que, por modificar el estatuto del sujeto, Lacan da a la enunciación. A partir de esta última, configura las relaciones que, establecidas en los ejes de la metáfora y de la metonimia, constituyen al sujeto: el sentido y el ser, por una parte y, por otra, la configuración del deseo del sujeto a partir de la falta que lo constituye.

CAPÍTULO PRIMERO

EL SIGNIFICANTE EN LACAN

1.1.-EL SIGNIFICANTE



El punto de partida de la teoría del significante en Lacan es el algoritmo del signo lingüístico propuesto por Saussure,

S

s

Su lectura debe ser, “significante sobre significado, el ‘sobre’ responde a la barra que separa sus dos pisos”¹. Si bien Saussure estableció un algoritmo que en efecto permitía a la lingüística fundarse como ciencia moderna, nunca coincide con el que Lacan le atribuye.

Este gesto de violencia no es menor, pues lejos de ser un error, la modificación da cuenta de la relación ambivalente que Lacan siempre tuvo con la lingüística. Unas veces retoma sus postulados para sacar consecuencias que le permitirán continuar con su desarrollo teórico, pero en otras ocasiones pretenderá tomar distancia suficiente para elaborar su propia concepción del lenguaje.

Para Saussure, el signo es “la asociación de un significante (imagen acústica) y de un significado (concepto o idea)”². Esa primera división le permitirá desarrollar poco a poco su pretensión de fundamentar la lingüística como ciencia y concebir la lengua como sistema de signos. Cada signo debe considerarse siempre en una relación indisoluble e irreductible dentro del sistema de oposiciones que ellos configuran en su propio

¹ Lacan, J., “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, en *Escritos I*, Siglo XXI Editores, México, 2011, p. 464

² Saussure, F., *Curso de Lingüística General*, Editorial Losada, España, 2007, p. 143

funcionamiento en tanto totalidad. De esa pretensión surge la necesidad metodológica de distinguir lenguaje y lengua.

Esta diferenciación servirá como principio de unidad, pues permitirá a la lingüística separarse de otras ciencias en la medida en que puede dar cuenta de sus objetos de estudio: los signos. El principio discriminatorio será que cada signo es diferente a los demás, lo que propiciará tanto el carácter unívoco de cada elemento como la propiedad de ser analizables. El principio de legalidad, por su parte, permitirá dar respuesta a la pregunta por las leyes que gobiernan las relaciones de esas unidades,

Tomado en su conjunto, *el lenguaje* es multiforme y heteróclito; a caballo en diferentes dominios, a la vez físico, fisiológico y psíquico, pertenece además al dominio individual y al dominio social; no se deja clasificar en ninguna de las categorías de los hechos humanos, porque no se sabe cómo desembrollar su unidad. *La lengua*, por el contrario, es una totalidad en sí y un principio de clasificación. En cuanto le damos el primer lugar entre los hechos de lenguaje, introducimos un orden natural en un conjunto que no se presta a ninguna otra clasificación.³

El primer postulado que se propone a partir del encuentro del significado con el significante es la *arbitrariedad del signo*. El hecho de que en una lengua se pronuncie “homme” y en otra “hombre” para referirse a la misma designación, comprueba que la relación que une la imagen acústica con el concepto no obedece a una relación de necesidad, de lo contrario, en todas las lenguas se pronunciaría de la misma manera, lo cual equivaldría justamente a un modo de anulación de las diferencias entre ellas.

La relación designada por el principio de la arbitrariedad del signo omite explícitamente a la “cosa” (*res o referente*), es decir, a la designación de la cual,

³ Saussure, F., *op. cit.*, p. 57. Subrayado mío.

inevitablemente, toma el punto o eje de comparación para establecerse como signo⁴. El postulado de la arbitrariedad excluye lo que podría denominarse el orden natural de las cosas, “en lingüística los datos naturales no tienen puesto alguno”⁵.

De ese modo, la lengua comienza a ser concebida como un orden delimitado, cerrado y constituido por sus propias leyes en tanto excluye cualquier elemento que no tenga su origen dentro de ella misma, “las cosas no pueden ir más allá de la demostración de que no hay ninguna significación que se sostenga si no es por la referencia a otra significación”⁶.

A la relación que se suscita exclusivamente al interior del signo se suma otra, la del valor del signo lingüístico. Se refiere a las relaciones que mantienen los signos entre sí a través de sus dos caras: los significados con los significados, por una parte, y los significantes con los significantes, por otra⁷,

La *idea de valor* [...] nos muestra cuán ilusorio es considerar un término sencillamente como la unión de cierto sonido con cierto concepto. Definirlo así sería aislarlo del sistema de que forma parte; sería creer que se puede comenzar por los términos y construir el sistema haciendo la suma, mientras

⁴ En la medida en que Saussure se sirve de eso excluido (*la cosa*) para legitimar la arbitrariedad del signo, Benveniste ve instalada una contradicción que operará siempre en dicha concepción; de allí que pretenda resolverla apelando a la delimitación de la especificidad del carácter arbitrario: “lo que es arbitrario es que tal signo, y no tal otro, sea aplicado a tal elemento de la realidad, y no a tal otro”. Ver: Benveniste, É., “Naturaleza del signo lingüístico”, en *Problemas de Lingüística General*, Tomo I, Siglo XXI Editores, México, 2009, p. 52. En la perspectiva de Benveniste, de quien Lacan recupera varios aspectos como se verá a más adelante, la relación de asociación entre los elementos del signo es *necesaria*. A decir suyo, la *arbitrariedad* del signo opera en la designación, es decir, en la relación de un signo con una cosa y no, como propuso Saussure, entre el significante y el significado.

⁵ Saussure, F., *op. cit.*, p, 163. Es imprescindible hacer notar que, a pesar de las diferencias entre Saussure y Benveniste en cuanto a las relaciones que determinan al signo, coinciden en la especificidad de su fundamentación. Para ambos, el signo surge como la oposición entre lo sensible y lo inteligible; oposición entre un interior que es la lengua, y un exterior que abarca el conjunto de los datos sensibles. El primer gesto, pues, para concebir al signo y poder desplegar el sistema dentro del cual opera, es diferenciarlo de lo sensible. Pero esta diferenciación, que es al mismo tiempo una exclusión, no implica la desaparición del orden “de los datos naturales” en el que se encuentra el referente o la cosa. De allí que las observaciones que realiza Benveniste cobren importancia.

⁶ Lacan, J., *op. cit.*, p. 465

⁷ Estas relaciones pertenecen a la noción de la lengua como sistema de valores y como formadora de cadenas de significados y de significantes.

que, por el contrario, hay que partir de la totalidad solidaria para obtener por análisis los elementos que encierra⁸.

La introducción de la noción del *valor* es un intento por pensar cómo son los vínculos y cuáles los efectos que mantienen entre sí las dos caras del signo, ligadas para configurar a la lengua como sistema. En tanto que dichas relaciones no son sino exclusivamente de oposición, cada significado y cada significante son definidos no por sí mismos, como si fuesen positivities, sino por su diferencia con los otros significados y significantes respectivamente.

Cada *unidad lingüística* posee un valor cuya determinación está dada exclusivamente por la dependencia mutua y solidaria con las otras unidades. Cada signo, en su singularidad, implica la totalidad de la lengua como sistema conformado sólo por oposiciones de significados y de significantes,

En la lengua no hay más que diferencias. Todavía más: una diferencia supone, en general, términos positivos entre los cuales se establece; pero en la lengua sólo hay diferencias sin términos positivos. Ya se considere el significante, ya el significado, la lengua no comporta ni ideas ni sonidos preexistentes al sistema lingüístico, sino solamente diferencias conceptuales y diferencias fónicas resultantes de ese sistema⁹

Dado que los significados y los significantes son concebidos como pertenecientes a niveles distintos, en donde cada uno sería una masa amorfa, es necesario explicitar las relaciones que entre ellos se establecen a través del esquema de las dos masas¹⁰ que utiliza Saussure y ver las consecuencias que Lacan extrae gracias a la modificación de dichas relaciones (Ver primer esquema en apéndice).

⁸ Saussure, F., *op. cit.*, p. 214. Subrayado mío.

⁹ *Ibid.*, p. 223

¹⁰ Saussure, F., *op. cit.*, p. 212.

La temática de esta ciencia, en efecto, está suspendida desde ese momento de la posición primordial del significante y del significado como órdenes distintos y separados inicialmente por una barrera resistente a la significación. Esto es lo que hará posible un estudio exacto de los lazos propios del significante y de la amplitud de su función en la génesis del significado¹¹

En la concepción saussureana, la masa amorfa (A) representa las ideas confusas o pensamiento, y la no menos amorfa masa (B) representa los sonidos en tanto indeterminados. En otras palabras, (A) representa al flujo de los significados y (B) al flujo de los significantes. Las líneas punteadas establecidas verticalmente no pueden sino representar las segmentaciones establecidas entre las dos masas, gesto cuya importancia no puede desdeñarse, pues en la medida en que se realiza, las masas amorfas dejan de serlo para convertirse en cadenas, es decir, se establecen unidades que, por una parte están articuladas y, por otra, son diferenciables entre sí.

Los signos no pueden ser concebidos como intuiciones sensibles, pues en tanto que la *asociación* y la *diferencia* constituyen sus propiedades específicas, es imposible identificarlos si no es a través de las relaciones que establecen en su propio orden. El problema concerniente al valor, afecta irremediabilmente al de la arbitrariedad, por eso, tanto el significante como el significado adquieren, en cuanto a su constitución se refiere, un estatuto diferencial. De allí que la lengua, como sistema, esté compuesta por dos elementos indispensables, “las ideas y los sonidos”¹², siempre formando una red oposicional y asociativa.

En la medida en que Lacan privilegia terminantemente al significante respecto del significado, sólo el primero configura una estructura diferencial y articulada, “la estructura

¹¹ Lacan, J., *op. cit.*, p. 465. Ver segundo esquema en apéndice.

¹² Saussure, F., *op. cit.*, p. 211. Se trata de los significados y los significantes, respectivamente.

del significante es, como se dice corrientemente del lenguaje, que sea articulado”¹³. La diferencia no es pequeña, pues en la concepción saussureana, las dos cadenas, tal como sucede en la representación de las líneas punteadas, son cortadas de manera recíproca.

A partir de dicho corte queda establecido el *isomorfismo de la lengua*, en donde cada sonido está indisolublemente ligado a un concepto o idea, es decir, hay correlación biunívoca entre significante y significado, “cada término lingüístico es un miembro, un *articulus* donde se fija una idea en un sonido y donde un sonido se hace el signo de una idea”¹⁴.

La semiótica saussureana no puede prescindir de las dos partes que componen al signo, “se reclaman recíprocamente”¹⁵. No habría semiótica sin la concepción del signo dividido en significante y significado, en tanto que “la unidad lingüística es una cosa doble, hecha con la unión de dos términos”¹⁶. No habría análisis de la lengua ni sistema de la lengua sin la consideración de esas dos masas, ya no amorfas, sino articuladas en elementos cuyos cortes necesariamente son recíprocos.

No hay, pues, *construcción semiótica* sin el presupuesto del *isomorfismo* que justamente se opone a cualquier independencia entre las segmentaciones de las articulaciones de cada uno de los flujos, “el pensamiento es el anverso y el sonido es el reverso: no se puede cortar uno sin cortar el otro”¹⁷.

¹³ Lacan, J., *op. cit.*, p. 468

¹⁴ Saussure, F., *op. cit.*, p. 213

¹⁵ *Ibid.*, p.143

¹⁶ *Ibid.*, p. 142. A la oposición *interior/exterior* gracias a la cual se funda el signo, debe agregarse la relación de dependencia suscitada entre el significado y el significante; dicho en otros términos, no hay *unidad lingüística*, sin la consideración de sus dos caras.

¹⁷ *Ibid.*, p. 213. Esta es la conocida metáfora de Saussure que concibe a la lengua como comparable a una hoja de papel.

1.2.- INSTANCIA DEL SIGNIFICANTE

Lacan toma distancia precisamente respecto al *isomorfismo*, a la correspondencia biunívoca, equitativa y recíproca entre el significado y el significante.

La noción de un deslizamiento incesante del significado bajo el significante se impone pues—la cual F. de Saussure ilustra con una imagen que se parece a las dos sinuosidades de las Aguas superiores e inferiores en las miniaturas de los manuscritos del Génesis. Doble flujo donde la ubicación parece delgada por las finas rayas de lluvia que dibujan en ella las líneas de puntos verticales que se supone que limitan los segmentos de correspondencia¹⁸

De allí que explicita las dos condiciones que organizan la *instancia del significante*, pues éstas forman la estructura a través de la cual adquiere tanto su configuración como sus leyes. Por una parte, debe “reducirse a elementos diferenciales últimos”¹⁹; por otra, dichos elementos deben estar sujetos a “las leyes de un orden cerrado”²⁰. Esos elementos no son otros sino los *fonemas* que ya la lingüística había establecido como parte de sus objetos de estudio²¹.

¹⁸ Lacan, J., *op. cit.*, p. 470. En otras palabras, las líneas que en el esquema de Saussure cortaban las dos cadenas, en la concepción de Lacan sólo cortan la cadena significante. Lo determinante en esta última concepción es que dichos cortes son los que producen los *efectos de significación*.

¹⁹ *Ibid.*, p. 469

²⁰ *Ibid.*, p. 469

²¹ Nótese que a partir de este momento Lacan atribuye a su concepción del significante las características que la lingüística había otorgado a los fonemas. Una observación de Derrida cobra relevancia en la medida en que advierte que el *fundamento fonológico* es el que garantiza la cientificidad de la lingüística: “La lingüística quiere ser la ciencia del lenguaje. Dejemos de lado ahora todas las decisiones implícitas que han establecido dicho proyecto y todos los problemas que la fecundidad de esta ciencia deja sin tratar en relación a su propio origen. En primer lugar consideremos simplemente que desde el punto de vista que nos interesa, la cientificidad de esta ciencia es reconocida por lo general en razón de su fundamento *fonológico*. La fonología, se dice repetidamente en la actualidad, comunica su cientificidad a la lingüística, la que sirve de modelo epistemológico a todas las ciencias humanas”. Derrida, J., *De la gramatología*, Siglo XXI Editores, México, 2005, p. 39. En ese sentido, se vuelve pertinente preguntar si existe diferencia entre el *significante de Lacan* y el *fonema*, o simplemente se trata de una reducción de aquél a este último.

La primera condición hace que la estructura del significante esté dentro de un sistema sincrónico en donde cada elemento *está constituido* precisamente por su diferencia respecto a los demás. Ésa es la razón de que los *acoplamientos diferenciales* de cada fonema constituyan el modo de ser de la estructura significante.

La segunda condición es la responsable de que las diferencias que van tejiendo los propios significantes entre sí, produzcan una cadena de “anillos cuyo collar se sella en el anillo de otro collar hecho de anillos”²². Dichas condiciones determinan dos órdenes constitutivos de la articulación significante, “*como gramática*, el orden de las imbricaciones constituyentes del significante hasta la unidad inmediatamente superior a la frase; *como léxico*, el orden de los englobamientos constituyentes del significante hasta la locución verbal”²³

La importancia del algoritmo del signo lingüístico, en la modificación de Lacan, no es desdeñable, pues en el uso de la lengua, es decir, como *gramática* y como *léxico*, “sólo las correlaciones del significante al significante dan en ella el patrón de toda búsqueda de significación”²⁴. Si bien Saussure, en cuanto a la producción de la significación, había

²² Lacan, J., *op. cit.*, p. 469

²³ *Ibid.*, p. 469. Subrayado mío. Respecto a estas observaciones, Lacan sigue muy de cerca a Benveniste. Para el lingüista, dentro de las características que la lengua tiene, hay una que constituye específicamente su ser: la interacción de dos modos de significar. El primero responde al modo *semiótico*, está dado por el establecimiento del mundo cerrado del signo, considerando únicamente las dos caras de la unidad lingüística; el segundo modo de significación es el *semántico*. Este último, a diferencia del primero, no tiene que ver con signos concebidos como unidades en el interior de un sistema cerrado, sino con la enunciación que los sujetos hacen y con la producción discursiva que se da en la comunicación, es decir, en el funcionamiento de la lengua. Es, pues, el nivel propiamente del sujeto en tanto *sujeto de la enunciación*, de todos y de cada uno de los hablantes que necesariamente hacemos *uso de la lengua*. De un nivel a otro, dos modalidades de la lengua: en el primero, “como repertorio de signos y sistema de sus combinaciones”; en el segundo, “como actividad manifestada en *instancias de discurso* que son caracterizadas como tales por índices propios”. Benveniste, É., “Semiología de la lengua”, en *Problemas de lingüística general I*, Siglo XXI Editores, México, 2007. La actividad a la que Benveniste hace referencia es la producción de discursos que, inevitablemente, están articulados y expresados en frases cuya unidad mínima es la palabra.

²⁴ Lacan, J., *op. cit.*, p. 469.

excluido el orden de las cosas para privilegiar la relación entre significado y significante como *isomorfismo* de la lengua, Lacan excluirá la cadena del significado para privilegiar únicamente la relación entre significantes.

La consecuencia de dicha exclusión por parte de Lacan, hace de la cadena significante el único lugar “donde el sentido *insiste*, pero que ninguno de los elementos de la cadena *consiste* en la significación de la que es capaz en el momento mismo”²⁵. En otras palabras, la significación es producto privativo de la relación que se establece en la cadena de los significantes.

Para Saussure, la configuración de la lengua debe ser exclusivamente la formalización de las relaciones internas de sus elementos, “esta combinación produce una forma, no una sustancia”²⁶. Pero, a pesar de que la relación de las dos partes que constituyen al signo es equitativa, el significante adquiere una peculiaridad: *representar al significado*.

El carácter representacional que Saussure otorga al significante le costará a la lengua toda su riqueza porque la reduce a la función referencial. Frente a esta postura, Lacan advierte que “nadie dejará de fracasar [...] mientras no nos hayamos desprendido de la ilusión de que el significante responde a la función de representar al significado, o digamos mejor: que el significado deba responder de su existencia a título de una significación cualquiera”²⁷.

²⁵ *Ibid.*, p. 470.

²⁶ Saussure, F., *op. cit.*, p.213

²⁷ Lacan, J., *op. cit.*, p. 466. Tanto para Saussure como para Benveniste, *el significante* adquiere dos características imprescindibles en su consideración. Por una parte, “es una serie ordenada de sonidos que exigiría la naturaleza hablada, vocal, de la lengua”; los significantes se constituyen en una serie ordenada en donde un elemento va detrás de otro en forma sucesiva, es decir, adquieren carácter lineal. Por otra, es la

Para Saussure, el *problema de la referencialidad* se reduce a las distintas maneras que cada lengua tiene para nombrar “los elementos de la realidad” pues, sean expresadas en palabras aisladas, frases o discursos, las *condiciones de la significación* son las mismas: por un lado, isomorfismo entre lo hablado y la idea²⁸; por otro, correlación biunívoca de las segmentaciones que se establecen entre las dos cadenas: la de los significantes y la de los significados.

Para Lacan esto es un error porque el acto de reconocer un signo exime a la semiología de problematizar su definición, pues si un signo no es reconocido, simplemente lo desecha. Ninguna consideración al respecto, a no ser como palabra mal formada, mal escrita o mal dicha. Esa palabra resulta inoperante, desdeñada y sin importancia porque no se usa, porque sencillamente no es un signo y no significa absolutamente nada, “existe cuando es reconocido como significante por el conjunto de los miembros de la comunidad lingüística, y evoca para cada quien, a grandes rasgos, las mismas asociaciones y las mismas oposiciones”²⁹.

En otras palabras, en Saussure encontramos una concepción nominalista de la significación, mientras que en Lacan la significación es producto, efecto y resultado de las combinaciones de una estructura que está articulada, que es diferencial y cuyo sentido está dado por la complementariedad, la solidaridad y la interacción de sus elementos. Por eso Lacan realiza un viraje importante respecto a las consideraciones lingüísticas, “lo que descubre esta estructura de la cadena significante es la posibilidad que tengo, justamente en

forma que condiciona y determina al significado, “el aspecto formal de la entidad llamada signo”. Benveniste, É., “La forma y el sentido en el lenguaje”, en *Problemas de Lingüística General II*, Siglo XXI Editores, México, 2007, p., 222.

²⁸ O sea, correlación entre “lo dicho” y “el querer-decir”.

²⁹ Benveniste, É., “Semiología de la lengua”, en *Problemas de Lingüística General II, op. cit.*, p. 67

la medida en que su lengua me es común con otros sujetos, es decir, en que esa lengua existe, de utilizarla para significar *muy otra cosa* que lo que ella dice”³⁰

Indispensable considerar la operatividad de la cadena significante a través de las dos dimensiones que Saussure estableció, pero que Lacan retoma específicamente de Roman Jakobson³¹, los ejes sintagmático y paradigmático, “método que distinguiendo las estructuras sincrónicas de las estructuras diacrónicas en el lenguaje, puede permitirnos comprender mejor el valor diferente que toma nuestro lenguaje”³². Su importancia radica en que allí operan las funciones de creación de sentido en tanto que la producción significante se establece como resultado de la metáfora y de la metonimia. En otras palabras, el estatuto diferencial de cada significante produce dos tipos de relaciones: sobre un eje las *paradigmáticas*, sobre el otro las *sintagmáticas*.

Los dos órdenes de valores derivados de cada una de estas relaciones permitirán entender tanto el funcionamiento como la formalización de la cadena significante³³. Así, al interior de una frase, la sucesión que forman cada uno de los elementos que están presentes en ellas, corresponde a lo que Saussure denominó *sintagma*: “relaciones fundadas en el carácter lineal de la lengua, que excluye la posibilidad de pronunciar dos elementos a la vez. Los elementos se alinean uno tras otro en la cadena del habla”³⁴.

³⁰ Lacan, J., *op. cit.*, p. 472

³¹ Jakobson, R., “Dos aspectos del lenguaje y dos tipos de afasia”, en *Semiología, afasia y discurso psicótico*, Rodolfo Alonso Editor, México, 1978

³² Lacan, J., “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, en *Escritos I, Siglo XXI Editores*, México, 2011, p. 278.

³³ Para Saussure, la lingüística no puede sino plantearse como ciencia que opera con valores, de allí que considere necesario establecer los órdenes sobre los cuales operarán tanto el discernimiento de sus objetos, como el estudio de sus leyes. Estas observaciones son retomadas por Lacan.

³⁴ Saussure, F., *op. cit.*, p. 227

Los estudios retóricos habían adelantado algo al respecto proponiendo a la *metonimia* como la figura retórica en que la producción del sentido surge por la relación, en términos generales, de “la parte tomada por el todo”³⁵, es decir, referir a un objeto no por el significante que lo designa comúnmente, sino por otro que designa alguno de sus aspectos, de allí que Lacan mencione el ejemplo de *las treinta velas* de Quintiliano. No conforme con dicha definición por creerla insuficiente, considera a la metonimia privilegiando su aspecto formal en tanto que la concatenación de los significantes hace que “el todo no sea igual a la suma de sus partes”³⁶.

Para Lacan, el modo de ordenamiento de los significantes constituye una de las funciones que permite tanto la legibilidad como la producción del discurso. Es allí, en esa contigüidad *palabra a palabra*, donde cada signo lingüístico es tomado en consideración justamente por su ruptura con el código, en tanto que las palabras en sucesión modifican el significado que allí tienen³⁷.

La *concatenación* es una ruptura con las relaciones suscitadas al interior del aparato de comunicación, en donde la significación está dada por el uso de la lengua. Uso que establece la relación entre significante y significado como invariable o, por lo menos, celosamente cuidada porque pretenden conservarse la claridad y la transparencia entre el *querer-decir, lo pensado, lo dicho, lo escuchado y lo entendido* por los hablantes. Dicho

³⁵ Lacan, J., “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, en *Escritos 1*, p. 473. Cfr., Beristáin, Helena, *Diccionario de retórica y poética*, Editorial Porrúa, México, 2000.

³⁶ Jakobson, R., *op. cit.*, p 28. Para la articulación de los ejes en los que operan la metáfora por una parte, y la metonimia por otra, es necesario observar que Lacan utiliza las consideraciones tanto de Saussure como de Jakobson. De allí la estrecha relación entre los desarrollos teóricos de Lacan y las consideraciones del campo de la lingüística.

³⁷ Es imprescindible recordar que el establecimiento de las *acepciones* para una palabra, como sucede en los diccionarios, no responde sino al intento de regular su significación, de frenar la incesante producción de sentido y de restringir sus usos; intento que resulta vano al considerar, como se ha visto, la dimensión metonímica del discurso.

uso, también legitima la correspondencia estricta entre la palabra y la cosa³⁸, haciendo del hablante un mero emisor y receptor de palabras dentro de la *neutralidad funcional* ejercida por la reducción a la lógica del código. Frente a esto, la recuperación que realiza Lacan del eje sintagmático cobra relevancia, pues allí está la importancia de la conexión entre los significantes, “primera vertiente del campo efectivo que constituye el significante, para que *el sentido* tome allí su lugar”³⁹.

La otra relación, no menos importante, se caracteriza por lo contrario, justamente por la ausencia de los elementos que componen la *combinación diferencial sintagmática*. Cuando los elementos no están presentes, la única relación que mantienen con los términos del otro orden se da a través del *vínculo fonemático*.

Dicho de otro modo, las palabras que por homofonía, por significado parecido, por imagen acústica evocada, por sinonimia o porque comparten algún sufijo, adquieren relaciones con las que sí están en la frase o en el discurso, “se asocian en la memoria, y así se forman grupos en el seno de los cuales reinan la relaciones más diversas”⁴⁰. En la medida en que los términos de la primera relación están *in praesentia*, es fácil determinar el orden de la sucesión y el número de sus elementos; no así en la relación asociativa, pues en tanto sus elementos están *in absentia*, su número y su orden son indeterminables. De allí que

³⁸ A partir de los postulados de la lingüística, es posible observar una analogía entre la relación establecida al interior del signo (*significado y significante*) y la establecida entre el signo y el referente. Ambas relaciones comparten la equidad, la unidad y la reciprocidad entre sus términos además de la capacidad de representación de uno respecto al otro: el significado representa al significante, en el primer caso; el signo representa a la cosa o referente, en el segundo. Al proponer el privilegio del significante, al considerar la *barra* como elemento que resiste a la significación y al mantener la noción de la estructura articulada del significante, Lacan pretendía una *ruptura* con la equidad semántica y semiótica propuestas por la lingüística, con el isomorfismo de la lengua y con la reducción del lenguaje a la función referencial. En ese sentido Derrida *sospecha* que “la lógica del significante interrumpe el semantismo ingenuo”. Derrida, J., “El cartero de la verdad”, en *La tarjeta postal. De Sócrates a Freud y más allá*, Siglo XXI Editores, México, 2001, p. 396.

³⁹ Lacan, J., “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, p. 473. Subrayado mío.

⁴⁰ Saussure, F., *op. cit.*, p. 228

cada término de la conexión sintagmática sea, “como el centro de una constelación, el punto donde convergen otros términos coordinados cuya suma es indefinida”⁴¹.

De esta manera se entiende que para Lacan el tejido combinatorio de los significantes es, al mismo tiempo, el establecimiento del contexto de los sintagmas, pues en la combinación y en el contexto, “la selección entre los términos alternativos implica la posibilidad de sustituir uno de los términos por otro, equivalente del primero bajo un aspecto y diferente bajo otro”⁴².

El eje paradigmático ofrece las posibilidades de sustitución de los elementos lingüísticos presentes en el discurso o mensaje⁴³, pero es a través de este eje que puede establecerse la operación que tuvo lugar en la formación sintagmática. Esto, porque la significación no es un orden independiente sino en la medida en que es un efecto de las combinaciones de los significantes, “la *estructura metafórica*, indicando que es en la sustitución del significante por el significante donde se produce un efecto de significación que es de poesía o de creación, de advenimiento de la significación en cuestión”⁴⁴.

La especificidad de la metáfora, fenómeno exclusivo del eje paradigmático, radica, pues, en la capacidad que tiene para *crear sentido* en la contigüidad palabra a palabra establecida en el eje sintagmático.

La chispa creadora de la metáfora no brota por poner en presencia dos imágenes, es decir, dos significantes igualmente actualizados. Brota entre dos significantes de los cuales uno se ha sustituido al otro tomando su lugar en la cadena significante, mientras el significante oculto sigue presente por su conexión (metonímica) con el resto de la cadena⁴⁵.

⁴¹ Saussure, F., *op. cit.*, p. 232

⁴² Jakobson, R., *op. cit.*, p. 30

⁴³ Es decir en el habla

⁴⁴ Lacan, J., “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, p. 482. Subrayado mío

⁴⁵ *Ibid.*, p. 474

Ambas operaciones hacen que los elementos lingüísticos tomados del código sufran modificaciones en cuanto a su significación habitual para producir el mensaje, “está hecho, en principio, para estar en cierta relación de distinción respecto al código, pero aquí, es en el propio plano significante donde viola manifiestamente el código”⁴⁶. Por una parte, la *concatenación significativa* establece el contexto modificando el código, por otra, la *sustitución significativa* crea sentido al trastocar el uso.

⁴⁶ Lacan, J., *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*, Editorial Paidós, Argentina, 2010, p. 27.

1.3.- EL HABLA: EFECTOS DEL INCONSCIENTE

En la medida en que es necesario repensar el problema de la *palabra*⁴⁷ y su estatuto, la relectura de Freud que realiza Lacan se vuelve imprescindible⁴⁸. No puede descuidarse lo que tuvo a bien señalar quien fuera el fundador del psicoanálisis.

La palabra, pues, es un concepto complejo, construido a partir de distintas impresiones; es decir, corresponde a un intrincado proceso de asociaciones en el cual intervienen elementos de origen visual, acústico y cinestésico. Sin embargo, la palabra adquiere su significado mediante su asociación con “la idea (concepto) del objeto”, o por lo menos esto es lo que sucede si consideramos exclusivamente los sustantivos. La idea, o concepto, del objeto es ella misma otro complejo de asociaciones integrado por las más diversas impresiones visuales, auditivas, táctiles, cinestésicas y otras. Según lo enseñado por la filosofía, la idea del objeto no contiene otra cosa; la apariencia de una “cosa”, cuyas propiedades nos son transmitidas por nuestros sentidos, se origina solamente del hecho de que al enumerar las impresiones sensoriales percibidas desde un objeto dejamos abierta la posibilidad de que se añada una larga serie de nuevas impresiones a la cadena de asociaciones. Esta es la razón por la cual la idea del objeto no se nos presenta como cerrada, más aún como difícilmente cerrable, mientras que el concepto de la palabra se nos aparece como algo que es cerrado pero capaz de extensión⁴⁹.

Las palabras no se reciben, mucho menos se intercambian como si fuesen objetos cerrados, delimitados y constituidos totalmente; las palabras, en su singularidad y aparente

⁴⁷ Entendida como “*parole*”, es decir, como habla, como verbalización. Es necesario en este caso explicitar el sentido que se pretende dar a este vocablo en esta tesis, pues en la medida en que invariablemente las palabras francesas “*parole*” y “*mot*” se traducen al castellano por “palabra”, puede prestarse a confusiones. De allí que la apelación a la aclaración que nos ofrece Irene Agoff, sea necesaria: “El *Petit Robert* define en forma genérica la *parole* (*parole*, II), como *expresión verbal del pensamiento*. Seguidamente distingue las acepciones resultantes que son: 1°) Facultad de comunicar el pensamiento por un sistema de sonidos articulados emitidos por los órganos de la fonación; 2°) Ejercicio de esta facultad, y Lenguaje hablado o escrito; 3°) El hecho de hablar. [...] Inicialmente, (*parole*, I), el diccionario al que aludimos había definido una, unas *palabra(s)* como: *elemento(s) de lenguaje hablado*; y dio su principal acepción en primer término: Elemento simple del lenguaje articulado. Véase *mot*, *expression*. A su vez, *mot* es definida, en primer lugar, como *cada uno de los sonidos o grupo de sonidos correspondientes a un sentido, entre los cuales se distribuye el lenguaje*”. Lacan, J., *Seminario 2. El Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, Ediciones Paidós, Argentina, 2010, p. 410, n. 1. Como se ha visto, la referencia al vocablo “palabra” (*parole*) implica necesariamente la configuración (metafórica y metonímica) del vocablo “palabras” (*mots*).

⁴⁸ Naturalmente, también son imprescindibles Foucault, Deleuze, Derrida. Pero una *teoría de la palabra* excede el objetivo de este trabajo. Ver: Cesáreo Morales *Fractales. Pensadores del acontecimiento*, Siglo XXI Editores, México, 2007.

⁴⁹ Freud, S., “Lo inconsciente”, en *Obras Completas*, Tomo XIV, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976, p. 211

unidad, presentan la dificultad que implica pensar su propia constitución, los procesos de su formación y de su utilización, pero sobre todo de su compleja relación con cada sujeto que las profiere.⁵⁰

En “eso que dice” todo sujeto hablante se distiende, por una parte, un discurso que se pega a los modos en los que las palabras son utilizadas, es decir, apegadas a la significación que está dada en el código; es la *conservación del isomorfismo* en tanto que “es el discurso concreto del sujeto individual, el que habla y se hace oír, es el discurso que se puede grabar en un disco”⁵¹.

Por otra parte, se distiende por igual, la cadena propiamente significante en donde se escuchan fallas, desfiguraciones ostensivas, palabras mal dichas o mal formadas, trabas, taras, silencios, chistes, olvidos, lapsus, frases incompletas, juegos con la homonimia, aberraciones del sentido, evocaciones sugerentes, sueños absurdos y narraciones incoherentes, combinaciones sintagmáticas y formaciones léxicas que no están en el código, “son todas las posibilidades que ello incluye en cuanto a descomposición, reinterpretación, resonancia, *efectos metafórico y metonímico*”⁵².

La designación, se trate de un objeto del *orden natural de las cosas*, de un suceso del pasado o de la narración de un sueño, siempre será incompleta; pero también la noción de comunicación se presenta problemática si pretende concebirse como *continuidad discursiva* de la relación entre los sujetos, como transparencia del *querer-decir*. Las aberraciones de sentido fracturan el aparato de comunicación; la unidad del signo se

⁵⁰ Varias preguntas surgen inevitablemente, ¿qué pasa cuando se trata de hablar de sí mismo, de contar la historia propia?, ¿qué sucede cuando se trata de recordar?, ¿cómo pensar la narración de un sueño?, ¿cómo, pues, pensar al sujeto y lo que dice?

⁵¹ Lacan, J., *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*, p. 19

⁵² *Ibid.*, p. 19. Subrayado mío.

quiebra y las palabras no significan lo que la usanza exige y espera; la cultura, en fin, comienza a escucharse desde sus ruinas, desde aquellas estratificaciones antaño silenciadas, “las imágenes del sueño no han de retenerse si no es por su valor de significante, es decir, por lo que permiten deletrear del ‘proverbio’ propuesto por el *rebús* del sueño”⁵³.

¿Qué hacer con esos elementos que han sido negados o desdeñados en cuanto a la concepción del lenguaje se refiere? Lacan, a diferencia de otros analistas del lenguaje, estudia las rupturas que ponen en cuestión la unidad del discurso, retoma de Freud una de las consecuencias más devastadoras para la epistemología: la existencia de *otra escena*, productora de efectos de sentido. El hablante, en la medida en que su palabra (*parole*) lo muestra como discontinuo, debe ser pensado como dividido, no ya como unidad autónoma, productora y legitimadora de su discurso. Lejos de ponerlo como causa, habrá que *escucharlo* para localizarlo particularmente como efecto metafórico y metonímico, “no se trata de saber si hablo de mí mismo de manera conforme con lo que soy, sino si cuando hablo de mí, soy el mismo de aquél del que hablo”⁵⁴.

La *otra escena* es el sin-lugar del *sujeto del inconsciente*. No se trata de memoria sino de *rememoración* y, en esa medida, su historia se va modificando incesantemente, insistentemente. Porque la relación con las palabras no es estable ni clara y de allí que la significación, el sentido y la referencia se disuelvan justamente en la pretensión de su fijeza. Entre ese sujeto y su decir, la correlación no es fija, porque ese sujeto no es unidad sino en tanto desgarrada, constituido por una pérdida, por una falta que operará en él por siempre.

⁵³ Lacan, J., “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, p. 477

⁵⁴ *Ibid.*, p. 484

El sujeto debe pensarse como sujeto de otra escena, como *sujeto del inconsciente*. No hay dualidad⁵⁵ sino intersubjetividad alterada en tanto condición de posibilidad del sujeto hablante. Allí es donde se abren las vertientes hacia la aberración del sentido, a través de las ambigüedades semánticas y fonéticas, “pues en ese trabajo que realiza de reconstruirla *para otro*, vuelve a encontrar la alienación fundamental que le hizo construirla *como otra*, y que la destinó siempre a serle hurtada *por otro*”⁵⁶. Intersubjetividad producida y, al mismo tiempo, quebrada en el decir, porque es allí donde se revela, ignorándose, el *sujeto del inconsciente*.

En la *re-creación*⁵⁷ el sujeto hace y des-hace su historia. Es allí, en la precariedad de sus *des-hechos* de historia, en sus palabras dichas y *des-dichas*, donde se ve claramente que el inconsciente no es una cosa escondida, oscura o inefable sino algo que siempre se crea constantemente, sin fin. Como falla, como falta, como ausencia, tensión incomprensible a la luz de la lógica del principio de no-contradicción, pues este juego de *ausencia/presencia* se da en la simultaneidad propia del lenguaje, en “aquella parte del discurso concreto en cuanto *transindividual* que falta a la disposición del sujeto para restablecer la continuidad de su discurso consciente”⁵⁸.

Tanto para Freud como para Lacan, la mejor vía para analizar y dar cuenta del *sujeto del inconsciente* es el sueño, específicamente la narración que el hablante hace de sus sueños. Lo que les interesa son los *modos* en los que el sujeto, en el proceso de decir y por

⁵⁵Sea de *sujeto a sujeto* como relación de conciencias plenas, o de *sujeto a objeto* como constituyendo una relación complementaria.

⁵⁶ Lacan, J., “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, p. 243.

⁵⁷*Re-creación*, no *re-presentación*, pues ésta última tiene el inconveniente de remitir a la idea de que lo narrado es traído, presentado de nuevo, tal como fue vivido. Así, la *re-creación*, es propiamente modificación, alteración, re-significación retroactiva del sentido. Aberración significativa de un pasado que nunca fue presente; por eso, la *anamnesis* es “rememoración” no “memoria”.

⁵⁸*Ibid.*, p. 251. Subrayado mío.

paradójico que parezca, *desdice* en tanto *dice otra cosa*. Las *palabras*, productos de las combinaciones estructurales, son el material con el que trabajan, porque frente a los intentos de interpretación onírica que pretenden realizarse desde la consideración de las imágenes aparecidas en el sueño y, desde ellas, realizar la interpretación⁵⁹, Freud establece una diferencia radical y sorprendente,

Remplazar cada figura por una sílaba o una palabra que aquella es capaz de figurar en virtud de una referencia cualquiera. Las palabras que así se combinan ya no carecen de sentido, sino que pueden dar por resultado la más bella y la más significativa sentencia poética⁶⁰

Por una parte se tiene “eso” que el sujeto soñó, por otra, la narración de ese sueño. La diferencia parece irreductible pues la narración nunca podrá completarse, “el sueño tiene la estructura de una frase, o más bien, si hemos de atenernos a su letra, de un rebús, es decir de una escritura”⁶¹. De allí la importancia de las consideraciones que la lingüística había esbozado, pues en la medida en que toda narración se da tanto en el orden paradigmático como en el sintagmático, la continuidad faltante puede ser analizada en tanto que “en todo acto de lenguaje, si bien la dimensión diacrónica es esencial, también está implicada una sincronía, evocada por la posibilidad permanente de sustitución inherente a cada uno de los términos del significante⁶².”

En cuanto al orden de los sintagmas, en la dimensión sincrónica, la frase debe cerrarse inevitablemente con un significante, “no comprenderán ustedes su sentido hasta

⁵⁹ Es decir, considerando a las imágenes dotadas de un significado específico, invariable y arquetípico.

⁶⁰ Freud, S., “La interpretación de los sueños” en *Obras Completas*, Tomo IV, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976, p. 286.

⁶¹ Lacan, J., “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, p. 259. En otras palabras, Lacan desarrolla sus observaciones apuntando hacia una teoría del texto, en ese sentido la lógica del significante está inscrita en el problema de la escritura.

⁶² Lacan, J., *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*, p. 33

que la haya acabado. Es del todo necesario—esta es la definición de la frase—que haya dicho la última palabra para que comprendan dónde está la primera”⁶³.

Sin embargo, la frase nunca podrá completarse para, de esta manera, adquirir su sentido completo pues siempre faltará, por lo menos, un significante a la narración del sujeto. El último significante del sintagma es meramente provisional. No sólo porque el narrador sea finito y en esa medida incapaz de nombrar la totalidad de los significantes que den cuenta de su historia, “no es porque la infinitud de un campo no pueda cubrirse por medio de una mirada o de un discurso finitos”⁶⁴, sino por las relaciones suscitadas en la constitución de esa instancia discursiva,

El lenguaje (...) excluye la totalización: este campo es, en efecto, el de un juego, es decir, de sustituciones infinitas en la clausura de un conjunto finito. Ese campo tan sólo permite tales sustituciones infinitas porque es finito, es decir, porque en lugar de ser un campo inagotable, como en la hipótesis clásica, en lugar de ser demasiado grande, le falta algo, a saber, un centro que detenga y funde el juego de las sustituciones⁶⁵.

En cuanto a los términos que no aparecen en la cadena significante cuyo orden es el de las relaciones paradigmáticas, es decir, las que se dan en la dimensión sincrónica, Lacan, a través de Freud, se da cuenta de que hay momentos de la narración en los que aparecen palabras “sin sentido” y “sin referente”, palabras mal formadas, palabras que no son usuales. Éstas son puntos de convergencia, lugares donde esa *otra escena* ha hecho su aparición; manifestaciones del inconsciente que, por revelar su quiebre y su discontinuidad, desequilibran el discurso emitido por la conciencia del sujeto.

⁶³*Ibid.*, p. 17

⁶⁴ Derrida, J., “La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas”, en *La escritura y la diferencia*, Editorial Anthropos, Barcelona, 1989, p. 397

⁶⁵*Ibid.*, p. 397

Por su función estructurante y porque dan cuenta de las reglas de las formaciones del inconsciente, Lacan retoma las funciones de creación de sentido propias de la cadena significativa. La recuperación de dichas funciones le permite estudiar las formaciones que no corresponden al código, aquellas que perturban el mensaje y que desestabilizan el equilibrio teórico de la lingüística y la neutralidad de la comunicación, “pues, establecidos los dos ejes del discurso se entiende que la metonimia es la estructura fundamental en la que puede producirse ese algo nuevo y creativo que es la metáfora”⁶⁶. Esas aberraciones de sentido, serán tomadas en consideración por su vínculo estrecho con aquella *otra escena* de la que Freud antaño nutriera toda su analítica.

Es en la versión del texto donde empieza lo importante, lo importante de lo que Freud nos dice que está dado en la elaboración del sueño, es decir, *en su retórica*. Elipsis y pleonasma, hipébaton o silepsis, regresión, repetición, aposición, tales son *los desplazamientos sintácticos*, metáfora, catacrexis, antonomasia, alegoría, metonimia y sinécdoque, *las condensaciones semánticas*, en las que Freud nos enseña a leer las intenciones ostentatorias o demostrativas, disimuladoras o persuasivas, vengativas o seductoras, con que el sujeto modula su discurso onírico⁶⁷

Se trate del discurso corriente o de la narración del sueño, en la medida en que es la transmisión de un mensaje, los productos de los *desplazamientos sintácticos* y de las *condensaciones semánticas* serán el punto de anudamiento, por demás ambiguo, de las formaciones del inconsciente. De allí su importancia para la presente investigación, pero siempre considerados como efectos de la producción significativa y como creaciones de palabra, dadas en la estructura del lenguaje⁶⁸, “el inconsciente no es lo primordial, ni lo instintual, y lo único elemental que conoce son los elementos del significativo”⁶⁹

⁶⁶ Lacan, J., *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*, p.

⁶⁷ Lacan, J., “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, p. 259. Subrayado mío

⁶⁸ Privilegiando la economía del significativo, no la lógica del código.

⁶⁹ Lacan, J., “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, p. 488.

El lenguaje es el lugar donde las funciones de la palabra crean sus efectos. Allí es donde la distinción entre la verbalización realizada por el sujeto hablante y las consideraciones de la estructura del lenguaje, no es sino meramente metódica. Tanto la *sustitución* como la *combinación* no tienen sentido si no es por su articulación en el habla; al mismo tiempo, ésta última no puede ser comprendida sino operando a través de ambos ejes, como producción de ambas operaciones.

Nada de lo anteriormente elucubrado cobraría sentido si no es por su total dependencia del orden simbólico, imprescindible en todas las consideraciones que realiza Lacan.

Pues el descubrimiento de Freud es el del campo de las incidencias, en la naturaleza del hombre, de sus relaciones con el orden simbólico, y el escalamiento de su sentido hasta las instancias más radicales de la simbolización en el ser. Desconocerlo es condenar el descubrimiento al olvido, la experiencia a la ruina.⁷⁰

⁷⁰ Lacan, J., "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis", p. 265

CAPÍTULO SEGUNDO

LA CARTA ROBADA

2.1.- LAS ESCENAS: EL DRAMA REAL

Desde “El seminario sobre ‘La carta robada’”⁷¹, texto que abre la colección de los *Escritos*, se ve claramente la importancia que para Lacan tiene la relación suscitada entre la producción significante y el sujeto del inconsciente con el orden simbólico.

Por eso hemos pensado ilustrar para ustedes hoy la verdad que se desprende del pensamiento freudiano que estudiamos, a saber, que *es el orden simbólico el que es, para el sujeto, constituyente, demostrándoles en una historia la determinación fundamental que el sujeto recibe del recorrido de un significante*⁷².

Lacan se apoya en la historia de los robos de una carta⁷³, para mostrar la manera en que *el significante* en cada uno de sus desplazamientos, es decir en cada uno de los robos, produce efectos a la vez que establece el cambio de posición de todos los sujetos. El complejo intersubjetivo, formado por cada una de las dos escenas que componen esta historia, no tendría lugar sin la función de la narración que sirve como condición de posibilidad del contenido de *lo dicho*⁷⁴.

⁷¹ Lacan, J., “Seminario sobre ‘La carta robada’”, en *Escritos I*, Siglo XXI Editores, México, 2009.

⁷² *Ibid.*, p. 24. Subrayado mío.

⁷³ Se trata, como es sabido, del cuento *Thepurlainletter* de E. A. Poe. Traducida al francés por Charles Baudelaire como *La lettre volée*, y al español por Julio Cortázar como *La carta robada*. La importancia de considerar los títulos de las traducciones radica en la minuciosa observación que hace Lacan respecto al significado del verbo en el título original: “*Topurlain*, nos dice el diccionario de Oxford, es una palabra anglo-francesa, es decir, compuesta por el prefijo *pur* que se encuentra en *purpose*, propósito, *purchase*, provisión, *purport*, mira, y por la palabra del antiguo francés: *loing*, *loingner*, *longé*. Reconoceremos en el primer elemento el latín *pro* en cuanto que se distingue de *ante* porque supone un atrás hacia adelante del cual procede, eventualmente para garantizarlo, incluso para darse como aval (mientras que *ante* sale al paso a lo que viene a su encuentro). En cuanto a la segunda vieja palabra francesa: *loigner*, verbo del atributo de lugar *auloing* (o también *longé*), no quiere decir a lo lejos, sino a lo largo de; se trata pues de *poner de lado* (*mettre de côté*, que en francés significa guardar), o, para recurrir a otra locución familiar francesa que juega con los dos sentidos, de poner a la izquierda (*mettre a gauche*)”. *Ibid.*, p. 39.

⁷⁴ La función de la narración será estudiada en el apartado siguiente: *Los diálogos: el drama simbólico*.

Tanto la narración que focaliza las dos escenas, como éstas en tanto que en ellas se articula el recorrido de la carta, son imprescindibles en la descripción que realiza Lacan. Cada una de las escenas está compuesta por cuatro personajes: la primera *Reina-Ministro-Rey-Carta*; la segunda: *Ministro-Dupin-Policía-Carta*.

En la primera, la Reina recibe una carta mientras está sola en el tocador real. Al poco tiempo, la entrada del Rey le provoca un poco de sorpresa pero no tanta como el azoro en el que la deja la entrada del Ministro, quien se da cuenta perfectamente de la reacción de aquélla pues ha dejado, sospechosamente, la carta encima del escritorio. Sin saber bien a bien de qué se trata en tanto que desconoce los detalles de lo sucedido, pero con la certeza de que algo pasa allí, el Ministro saca otra carta de su bolsillo para sustituirla por la que la Reina ha intentado ocultar *dejándola al descubierto*.

Esa *carta-sustituto* suplirá provisionalmente el lugar de la *carta-original*. El Ministro ha visto la situación, se trata de *algo* que compromete a la Reina, “carta de amor o carta de conspiración, carta delatora o carta de instrucción, carta de intimación o carta de angustia, sólo una cosa podemos retener de ella, es que la Reina no podría ponerla en conocimiento de su señor y amo”⁷⁵. Sin más, el ladrón se despide tranquilamente, la Reina se queda sin poder actuar, el Rey no ha visto nada. La primera escena, pues, está constituida por el modo en que los personajes se anudan a través de sus propias acciones: la subversión de la Reina, el desconocimiento del Rey y la incursión del Ministro quien, propiamente, hurta la carta.

La consumación del robo se da en tres movimientos. Primero, gracias a la situación en que la Reina se encuentra, es decir la imposibilidad de reclamar, de hacer uso de su

⁷⁵*Ibid.*, p. 38.

poder; impotencia que le obliga a conformarse con esa otra carta que el Ministro le dejó. Segundo, *la mirada de lince* del Ministro que detectó que la carta suscitaba una situación comprometedora para la Reina y que, no conforme con el simple robo, se asegura de algo, “*the robber’s knowledge of the loser’s knowledge of the robber*”⁷⁶. Relación peculiar de miradas, pues no sólo la Reina sabe quién ha robado la carta, sino además el Ministro se aseguró de ser visto como el ladrón.

Finalmente, lo que completa este primer anudamiento es la posición que ocupa el Rey. Porque en la medida en que el Ministro y la Reina ven que el Rey ignora completamente lo que está sucediendo, les permite vincularse como si sólo se tratara de una relación dual; en ese sentido, tanto el Ministro como la Reina tienden, para ellos mismos, “*la trampa de la situación típicamente imaginaria*”⁷⁷. En esta situación, ambos establecen un vínculo en donde el engaño y el desconocimiento les impiden considerar la tercera posición. La importancia de ésta última radica en que, en tanto parte constitutiva, tiene la función de determinar esa trampa, pues el vínculo entre los otros dos personajes no existiría de no ser por ella.

Al finalizar los movimientos de esta primera escena se obtienen dos resultados. Por una parte, un *cociente* que radica en que “el Ministro ha hurtado a la Reina su carta y que, resultado más importante aún que el primero, la Reina sabe que es él quien la posee ahora, y no inocentemente”⁷⁸. Por otra parte, la operación arroja un *resto*: “que ningún analista descuidará, adiestrado como está a retener todo lo que hay de significativo sin que por ello

⁷⁶*Ibid.*, p. 43.

⁷⁷*Ibid.*, p. 41.

⁷⁸*Ibid.*, p. 25.

sepa siempre en qué utilizarlo: la carta dejada por el Ministro, y que la mano de la Reina puede ahora estrujar en forma de bola”⁷⁹.

La segunda escena está compuesta por la Carta, la Policía, el Ministro y un afamado investigador privado, viejo conocido de éste último y del jefe de la policía: Dupin.

Atemorizada por el peligro que la acecha, pues sabe del poder que ahora inviste al Ministro por la posesión de la carta, la Reina intenta echar a andar todos los recursos de que dispone. Sin que su posición se vea afectada como pudo estarlo si hubiera evitado el robo en la primera escena, ordena al jefe de la policía la recuperación inmediata del objeto robado. Durante dieciocho meses la policía busca la carta *por todas partes*: entrando a la casa del Ministro mientras éste se ausenta, esculcándolo en revisiones de rutina, inventando pretextos que faciliten su cometido... nada, la carta no está por ninguna parte.

En casa del Ministro y cubierto con gafas verdes, Dupin se da cuenta de que encima de la chimenea hay un pedazo de papel que no concuerda con ninguno de los detalles ofrecidos en la descripción hecha por el jefe de policía. Inmediatamente descubre que allí está lo que busca, “su convicción queda reforzada por los detalles mismos que parecen hechos para contrariar las señas que tiene de la carta robada, con la salvedad del formato que concuerda”⁸⁰. El modo en que la roba es sencillo: deja su cigarrera olvidada en el escritorio para volver al siguiente día, no sin antes haber pagado por la provocación de un incidente que distraerá al Ministro. Toma la carta y la sustituye por otra similar que, en un

⁷⁹*Ibid.*, p. 25

⁸⁰*Ibid.*, p. 26

gesto que reafirma su venganza, lleva una leyenda, “*un designio tan funesto, si no es digno de Atreo, es digno de Tieste*”⁸¹.

Como en la configuración de la primera escena, esta también arroja dos resultados. Por una parte, el *cociente* “es que el Ministro no tiene ya la carta, pero él no lo sabe, lejos de sospechar que es Dupin quien se la hurtó”⁸²; esto marca una diferencia respecto a la primera en donde había una relación de equilibrio entre las miradas de los personajes en juego. Por otra parte, el *resto*, que consiste en la *inscripción* que ha dejado Dupin en la carta y que tiene como función sustituir la que robó; de allí otra diferencia con la primera, pues en aquella no se dice nada del contenido que aparece en el sustituto que la Reina estruja *en forma de bola*.

A pesar de las evidentes diferencias entre los personajes, Lacan observa en las dos escenas la unidad del complejo intersubjetivo, es decir, la identidad que se produce a partir del intercambio entre las posiciones de los sujetos. Dos partes componen esta configuración. La primera, en tanto que la carta atraviesa las dos escenas gracias a los movimientos implicados en los robos, “el puro significante que es la carta robada, en su trío”⁸³; la segunda, por los tres términos que ocupan los tres lugares necesarios en cada escena.

El complejo intersubjetivo es una estructura móvil, compuesta por la articulación de las dos escenas que se realiza gracias al cuarto personaje, “signo de contradicción y de

⁸¹*Ibid.*, p. 26.

⁸²*Ibid.*, p. 26.

⁸³*Ibid.*, p. 28.

escándalo que constituye la carta, en el sentido en que el Evangelio dice que es necesario que suceda sin consideración de la desgracia de quien se hace su portador”⁸⁴.

En su recorrido, el significante determina tanto el posicionamiento como las relaciones de cada uno de los otros elementos del complejo. Los sujetos son relevados en sus posiciones, condicionados en sus actos y determinados en sus movimientos, configurando el *módulo intersubjetivo de la acción que se repite*,

[...] tres tiempos, que ordenan tres miradas, soportadas por tres sujetos, encarnados cada vez por personas diferentes. El primero es de una mirada que no ve nada: es el Rey y es la policía. El segundo, de una mirada que ve que la primera no ve nada y se engaña creyendo ver cubierto por ello lo que esconde: es la Reina, después es el Ministro. El tercero, que de esas dos miradas ve que dejan lo que ha de esconderse a descubierto para quien quiera apoderarse de ello: es el Ministro, y es finalmente Dupin⁸⁵.

La *trampa de la situación típicamente imaginaria*, establece y determina el *desconocimiento de la configuración simbólica*. Si el Ministro, en la primera escena, había salido triunfante en tanto que su posición le invistió de poder, su paso a la segunda ha sido poco favorable a pesar de haberse protegido del despojo de la carta de tres modos.

Primero, contrariamente al temor de la Reina, no utiliza la carta. Segundo, de la misma manera en la que ella quiso en la primera escena ocultarla, la deja a la vista, la *esconde a descubierto*, “si ahora sucumbe a ella, es por haber pasado a la segunda fila de la tríada de la que al principio fue el tercero al mismo tiempo que el ladrón: esto por la virtud del objeto de su rapto”⁸⁶. Tercero, así como la reina omite hablar de la carta, el ministro también calla, “en última instancia, el carácter intolerable de la presión constituida por la

⁸⁴*Ibid.*, p. 42.

⁸⁵*Ibid.*, p. 27

⁸⁶*Ibid.*, p. 41

carta radica en que el ministro tiene, respecto a la carta, la misma actitud que la reina: no habla de ella. *Y no lo hace, porque al igual que la reina, no puede hacerlo*⁸⁷

No se trata de un simple intercambio de lugares entre la Reina y el Ministro en tanto que a ambos les ha sido robada la carta. El relevo es producto de su condición de sujetos dependientes, constituidos y determinados por el circuito simbólico, sometidos inevitablemente a los efectos de los desplazamientos del significante, cautivos en la trampa de la *situación típicamente imaginaria*.

La sujeción al orden simbólico les obliga a estar determinados por modos específicos de comportamiento y les conmina a adquirir modos particulares de ser. Lacan recurre a la condensación significativa *politique de l'autruiche*, en tanto que al interior de todo entramado intersubjetivo se articulan y se establecen los posicionamientos políticos de cada uno de los participantes en el relevo de sus posiciones.

Para hacer captar en su unidad el complejo intersubjetivo así descrito, le buscaríamos gustosos un patrocinio en la técnica legendariamente atribuida al avestruz para ponerse al abrigo de los peligros; pues ésta merecería por fin ser calificada de política, repartiéndose así entre tres participantes, el segundo de los cuales se creería revestido de invisibilidad por el hecho de que el primero tendría su cabeza hundida en la arena, a la vez que dejaría a un tercero desplumarle tranquilamente el trasero; bastaría con que, enriqueciendo con una letra [en francés] su denominación proverbial, hiciéramos de la *politique de l'autruiche* (política del avestruz) la *politique de l'autruiche* (*autrui*: "prójimo"), para que en sí misma al fin encuentre un nuevo sentido para siempre⁸⁸.

⁸⁷ Lacan, J., *Seminario 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2010., p. 301. Subrayado mío.

⁸⁸ Lacan, J., "Seminario sobre 'La carta robada'", p. 27.

2.2.- LOS DIÁLOGOS: EL DRAMA SIMBÓLICO

La consideración de la *función narrante* es imprescindible en la articulación del registro simbólico que Lacan establece. El interés que tiene por *La letrre volée* depende en gran medida de las problematizaciones que se distienden a partir, específicamente, de *la mira del cuento*.

La narración, en efecto, acompaña al drama con un comentario, sin el cual no habría puesta en escena posible. Digamos que su acción permanecería, propiamente hablando, invisible para la sala –además de que el diálogo quedaría, a consecuencia de ello y por las necesidades mismas del drama, vacío expresamente de todo sentido que pudiese referirse a él para un oyente: dicho de otra manera, que nada del drama podría aparecer ni para la toma de vistas, ni para la toma de sonido, sin la iluminación con luz rasante, si así puede decirse, que la narración da en cada escena del punto de vista que tenía al representarla uno de los actores⁸⁹.

El *Drama Real* es articulado por las escenas que componen la historia, pero otro drama surge a partir de la oposición que se da entre los dos diálogos en que son narradas cada una de aquéllas, “un nuevo drama al que llamaremos complementario del primero, por el hecho de que éste era lo que suele llamarse un drama sin palabras, mientras que es sobre las propiedades del discurso sobre lo que juega el interés del segundo”⁹⁰. Para Lacan, la importancia de la función ejercida por la narración, radica en que es la responsable de que surja *otro drama* distinto del primero.

El primero de los diálogos *focaliza* aquélla escena en que el jefe de policía cuenta a Dupin y al narrador general del cuento, la manera en que le ha sido robada la carta a la

⁸⁹*Ibid.*, p. 24.

⁹⁰*Ibid.*, p. 29.

Reina y la embarazosa situación en que la ha colocado el Ministro. A partir de este diálogo, Lacan esclarece los límites en que se encuentra la *noción de comunicación*.

En dicha noción está supuesto, de manera ingenua aunque no evidente, que el emisor dice exactamente lo que quiere decir y que el receptor entiende exactamente el mensaje. El sentido se considera único, “como si el comentario lleno de significación con que lo hace concordar el que escucha pudiese, por quedar inadvertido para aquél que no escucha, considerarse como neutralizado”⁹¹. Se trata de la concepción de un circuito de intercambio de mensajes en donde el sentido es único, cualquier aberración del significante está negada. El malentendido puede corregirse porque el signo y el referente tienen una relación clara y estable. Las palabras son simples indicadores que remiten a las cosas, pues tienen como referente un mundo al que simplemente hay que nombrar.

Para ilustrar su crítica, Lacan se apoya en el desarrollo de Benveniste en cuanto a la diferenciación entre el supuesto “lenguaje de las abejas”, y el lenguaje dado entre los hablantes,

Las abejas se presentan como capaces de producir y comprender un verdadero mensaje, que encierra varios datos. Pueden, así, registrar relaciones de posición y de distancia; pueden conservarlas en memoria; pueden comunicarlas simbolizándolas por diversos comportamientos somáticos. El hecho notable es, ante todo, que manifiesten aptitud para simbolizar: hay ciertamente correspondencia “convencional” entre su comportamiento y el dato que traduce. Esta relación es percibida por las demás abejas en los términos en que les es transmitido, y se torna motor de acción. Hasta aquí, encontramos en las abejas las condiciones mismas sin las que ningún lenguaje es posible, la capacidad de formular e interpretar un “signo” que remite a cierta “realidad”, la memoria de la experiencia y la aptitud para descomponerla⁹².

⁹¹*Ibid.*, p. 30

⁹² Benveniste, É., “Comunicación animal y lenguaje humano”, en *Problemas de lingüística general I*, Siglo XXI Editores, México, 2007, p. 59.

En la danza de las abejas (*wagging-dance*) se da la transmisión del mensaje en tanto que ha sido reducido únicamente a dos elementos: la identificación del alimento y su ubicación espacial; no hay un aparato vocal que emita significaciones; la necesidad de la luz solar, es otra de las diferencias con el aparato de comunicación humano. Pero es la falta de diálogo, es decir la incapacidad de dar una respuesta, de intercambiar y de retransmitir el mensaje, la que diferencia radicalmente dichos aparatos de comunicación. No hay en la *wagging-dance* elementos que puedan descomponerse para ser analizados, para reconocer las reglas de su formación ni para estudiar la operatividad de sus leyes⁹³.

Para Lacan, entre *el lenguaje de las abejas* y la concepción ingenua de la comunicación puede establecerse una equivalencia. En ambos, el intercambio de mensajes se reduce a usar correctamente los signos, pues tanto en uno como en otra “queda el hecho de que, de no retener sino el sentido de relación de hechos del diálogo, aparece que su verosimilitud juega con *la garantía de la exactitud*”⁹⁴. Esto permite que las ambigüedades del lenguaje, los tropos, la polisemia, la connotación, el sentido retorcido, entre otras sean reducidas a simples “ornamentos” que ayudan, en el mejor de los casos, a embellecer el mensaje en tanto que permiten decir *lo mismo* pero de otros modos.

En oposición a esa simplificación, el contenido de la narración es considerado por Lacan desde otra perspectiva. Se distancia de la concepción ingenua de la comunicación porque *eso narrado*, el mensaje, ha sido, antes que nada e independientemente de las alteraciones que pudieron modificarlo, *re-transmitido*. Esta peculiaridad hace que siempre,

⁹³ De allí que Benveniste concluya respecto al modelo de comunicación empleado por las abejas en su danza, “no es un lenguaje, es un código de señales. Resultan de ello todos los caracteres: la fijeza del contenido, la invariabilidad del mensaje, la relación con una sola situación, la naturaleza indescomponible del enunciado, su transmisión unilateral”. *Ibid.*, p. 62.

⁹⁴ Lacan, J., “Seminario sobre ‘La carta robada’”, p. 30. Subrayado mío.

aún en el mero intercambio informativo dado en el *registro de la exactitud*, se hable de mensajes y no de objetos. Como sujetos hablantes, nos colocamos desde siempre en la dimensión del lenguaje, nunca en relación directa con las cosas.

Para Derrida, hay un descuido por parte de Lacan en cuanto a la *función del narrador general* porque, a pesar de haberla exaltado continuamente durante el *Seminario*, en la continuación de su exposición termina por no considerarla en su justa dimensión: la reduce a *punto neutro*. Esta reducción le permite establecer los límites formales del cuento y, en consecuencia, los del registro simbólico,

[...] el narrador que está en escena es puesto en escena a su vez en un texto más amplio que la narración llamada general. Razón suplementaria para no considerarlo como un lugar neutro de paso. A este texto desbordante, el *Seminario* no le concede ninguna atención específica: éste aísla, como su objeto esencial, las dos escenas triangulares “narradas”, los dos “dramas reales”, neutralizando a la vez a ese cuarto personaje que es el narrador llamado general, su operación narrante y el texto que pone en escena la narración y al narrador⁹⁵.

Desde el primer diálogo Lacan recorta, establece y pone a funcionar, sin problematización alguna, los límites del marco formal derivados de la neutralización del narrador general. Con este gesto, no sólo evita cualquier desbordamiento del texto, sino que además, le permite articular, delimitar y controlar el *problema de la significación*. La neutralización que efectúa Lacan respecto a la función del narrador le permite “reconstruir la escena del significante en significado (proceso siempre inevitable en la lógica del signo), la escritura en escrito, el texto en discurso, más precisamente en diálogo ‘intersubjetivo’”⁹⁶.

⁹⁵ Derrida, J., “El cartero de la verdad”, en *La tarjeta postal. De Sócrates a Freud y más allá*, Siglo XXI Editores, México, 2001 p. 404

⁹⁶ *Ibid.*, p. 406. La observación de Derrida no es menor. Da cuenta del problema teórico de Lacan en cuanto a la separación de la cadena del significante respecto a la del significado, del privilegio del significante en la

Lacan puede dar cuenta tanto del *desplazamiento del significante* como de los efectos que va produciendo porque su recorrido se da en un espacio restringido y delimitado.

No tener en cuenta esta complicación no es una falla de crítica literaria “formalista”, *es una operación de psicoanalista semanticista*. El narrador no se borra como “narrador general”, o más bien, al borrarse él mismo en la generalidad homogénea, se adelanta como un personaje muy singular en la narración narrada, en lo encuadrado. Constituye una instancia, una “posición” con la cual el triángulo, por intermedio de Dupin (que representa él mismo alternativamente todas las posiciones), mantiene una relación muy determinada, muy cargada.⁹⁷

El segundo diálogo *focaliza* el momento en que Dupin cuenta al narrador general las peripecias que le permitieron robar la carta al Ministro. Como más arriba se indicó, la Reina relata al jefe de la policía lo que ha sucedido, éste lo cuenta a Dupin y al narrador general quien, finalmente, cuenta la historia. En esa *re-transmisión*, sucede que “la relación indirecta decanta la dimensión del lenguaje, y el narrador general, al redoblarlo, no le añade nada ‘por hipótesis’. Pero muy diferente es su oficio en el segundo diálogo”⁹⁸.

Para Lacan, hay un cambio importante en la posición que ahora adquiere el narrador general, pues si en el primer diálogo permanecía en el mero intercambio informativo, en el segundo pasa, “*del campo de la exactitud al registro de la verdad*. Ahora bien, ese registro,

producción de la significación y, más grave aún, de la imposibilidad de diferenciación respecto de los postulados de la lingüística en cuanto a la significación.

⁹⁷*Ibid.*, p. 407. Subrayado mío.

⁹⁸ Lacan, J., “Seminario sobre ‘La carta robada’”, p.31. En cuanto a la neutralización del narrador realizada por Lacan, Derrida considera que en este segundo diálogo sucede lo mismo que en el primero, “describe al narrador como el receptáculo o el mediador o el asistente puramente formal cuya única función consiste en permitir a Dupin engañar, engañarnos engañando al narrador pasivo, renovar su truco ‘bajo una forma más pura’ en el momento en que finge exhibir su procedimiento”. Derrida, J., *op. cit.*, p. 405. En ese sentido, para Derrida cada diálogo no responde a funciones distintas (de cuya oposición, a decir de Lacan, surge el *nuevo drama*, el drama simbólico), sino a cada uno de los tiempos del proceso de neutralización y de restricción de la *función narrante*.

nos atrevemos a pensar que no tenemos que insistir en ello, se sitúa en un lugar totalmente diferente, o sea propiamente en *la fundación de la intersubjetividad*⁹⁹.

En el paso de la exactitud a la verdad, Derrida considera que Lacan no sólo hace que el *discurso psicoanalítico* tenga, como una de sus prioridades teóricas, relación con el *problema de la verdad*, sino que además inscribe terminantemente tanto a aquél como a ésta, en *la instancia del significante*, “el valor de verdad moviliza todo el Seminario. Articula todos sus conceptos desde el momento en que se la encuentra en el lugar propio del significante”¹⁰⁰. La relación teórica entre Derrida y Lacan está tejida a través del problema de la verdad, de la verdad como problema.

Resulta insuficiente articular esta relación a partir de una mera oposición irreconciliable o plantearla, incluso, como una simple reducción. Se vuelve imprescindible la lectura de Morales¹⁰¹ quien, lejos de agotar o abandonar el problema, *lo escenifica*.

En este punto se llama a escena a Lacan. El significante le solicita que actúe la verdad de la verdad. ¿La metáfora? Justamente, cuando realiza esta actuación, sobreviene el otro. Un efecto no disponible, un acontecimiento. El otro envuelto en la verdad y en la metáfora. Es Derrida que desde siempre discute con Lacan. No cara a cara. En anotaciones de tarjetas postales sin destinatario. El *focus*, la verdad del orden simbólico constituyente del sujeto, o sea, la verdad de la subjetividad o la verdad del deseo. Desde las protopalabras de la pulsión de vida hasta las palabras póstumas de la pulsión de muerte. Tarjetas postales. No se escriben cartas¹⁰²

El primer modo en que Lacan presenta la dimensión de la verdad, está vinculado estrechamente con el *método de Dupin*, con la manera en que recuperó la carta. Este método le interesa porque le sirve para presentar la *fundación de la intersubjetividad*.

⁹⁹ Lacan, J., “Seminario sobre ‘La carta robada’”, p. 31. Subrayado mío.

¹⁰⁰ Derrida, J., *op. cit.*, p. 433.

¹⁰¹ Morales, C., “Avaricia: *pojé* en escena”, en *Devenir de los afectos. La avaricia*, University of San Diego, California.

¹⁰² *Ibid.*, p. 7

Dupin recuerda la historia de aquel niño que ganaba todas las partidas en el juego de las bolitas de par e impar porque su truco no consistía en *adivinar*, como todo mundo lo pensaba, sino en *identificarse* con el adversario.

Ese movimiento muestra que quien lo emplea, a pesar de los numerosos éxitos que pudiera obtener, “no puede alcanzar el primer plano de su elaboración mental, a saber, la noción de *la alternancia intersubjetiva*, sin tropezar en ella de inmediato con el tope de su retorno”¹⁰³. En tanto que uno de los jugadores se identifica con su adversario, es decir, a partir de que considera los posibles movimientos y suposiciones que le permitan ganar el juego, el otro puede emplear el mismo procedimiento.

Y fuera del caso de imbecilidad pura, en que el razonamiento parecía fundarse objetivamente, el muchacho no puede sino pensar que su adversario llega al tope de este tercer tiempo, puesto que le ha permitido el segundo, por donde él mismo es considerado por su adversario como un sujeto que lo objetiva, pues *es verdad que es ese sujeto*, y desde ese momento, ahí lo tenemos atrapado con él en el callejón sin salida que comprende toda intersubjetividad puramente dual, la de estar sin recursos contra Otro absoluto¹⁰⁴

Para Lacan, la dimensión intersubjetiva se establece por el *aserto subjetivo anticipante*. Se trata de un razonamiento lógico a través del que “se relacionan unos con otros, en la antidualéctica del reconocimiento y el desconocimiento”¹⁰⁵ que tiene lugar en las escansiones, suposiciones y movimientos suspendidos que surgen a partir de la consideración de los otros sujetos en juego,

¹⁰³ Lacan, J., “Seminario sobre ‘La carta robada’”, p.32. Subrayado mío

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 66. Esta alternancia intersubjetiva, también ilustra y da cuenta de, “*el despojo en que aparece la relación del significante con la palabra*, en la adjuración en que viene a culminar. ¿Por qué me mientes –se oye exclamar en él sin aliento –sí, por qué me mientes diciéndome que vas a Cracovia para que yo crea que vas a Lemberg, cuando en realidad es a Cracovia a donde vas?”. *Ibid.*, p. 31. Subrayado mío

¹⁰⁵ Morales, C., *op. cit.*, p. 16

“Soy un blanco, y he aquí cómo lo sé. Dado que mis compañeros eran blancos, pensé que, si yo fuese negro, cada uno de ellos habría podido inferir de ello lo siguiente: “Si yo también fuese negro, el otro, puesto que debería reconocer en esto inmediatamente que él es un blanco, habría salido en seguida; por lo tanto yo no soy un negro”. Y los dos habrían salido juntos, convencidos de ser blancos. Si no hacían tal cosa, es que yo era un blanco como ellos. Así que me vine a la puerta para dar a conocer mi conclusión”¹⁰⁶

La relación entre la verdad y la ficción en el análisis de Lacan, opera dentro de los límites formales que la neutralización del narrador le permite. Por una parte, Lacan intenta evitar que su concepción de la verdad pueda ser pensada como *adecuación*; por otra, recurre a ejemplos tomados de la literatura, porque allí ve que el *orden de la verdad* revela su relación con el *orden de la ficción*, “es esta verdad, observémoslo, la que hace posible la existencia misma de la ficción. Desde ese momento una fábula es tan propia como otra historia para sacarla a la luz—a reserva de pasar en ella la prueba de su coherencia”¹⁰⁷

En tanto que este formalismo regula la relación de un orden con el otro, las observaciones de Derrida se vuelvan imprescindibles, pues nos alertan de una situación típica, si no es que inevitable, de los efectos estructurales de significación.

*La estructura de ficción queda reducida en el momento mismo en que se la reporta a su condición de verdad. Se hace entonces mal formalismo. Se hace formalismo porque no se interesa uno en el sujeto-autor, lo cual puede, en ciertas circunstancias teóricas, constituir un progreso, incluso una exigencia legítima. Pero ese formalismo es de una rígida inconsecuencia desde el momento en que, con el pretexto de excluir al autor, no se tiene ya en cuenta 1° la descripción-ficción y al escritor-fictor, ni 2° la narración narrante ni al narrador. Este formalismo garantiza, como siempre, el recorte subrepticio de un contenido semántico: el psicoanálisis aplica a ello todo su trabajo interpretativo. El formalismo y el semantismo hermenéutico se respaldan siempre. Cuestión de marco.*¹⁰⁸

¹⁰⁶ Lacan, J., “El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada” en *Escritos I*, Siglo XXI Editores, México, 2009, p. 194

¹⁰⁷ Lacan, J., “Seminario sobre ‘La carta robada’”, p. 24

¹⁰⁸ Derrida, J., *op. cit.*, p. 406. Subrayado mío. Para Derrida, la relación establecida entre el orden de la verdad y el orden de la ficción, a través de la regulación y de la restricción del recorrido del significante efectuadas gracias a la neutralización del narrador general, evita que la teorización llevada a cabo por Lacan pueda verse amenazada por problemas de intertextualidad (como sus límites y sus relaciones con otros textos). En otras palabras, en el momento en que Lacan vuelve *homogéneo* el texto de Poe, “parece que para estar compelido a

Otro modo en que Lacan inscribe el problema de la verdad, se da en el curioso hecho de que la policía no encontró la carta. A pesar de que recurrió a los métodos más avanzados de investigación, de que contaba con la más exacta descripción y, más sorprendente aún, de que efectivamente estaba en el lugar donde había sido buscada, “el *cuadriculado* que regula la operación nos es presentado como tan exacto que no permitiría, según nos decían, ‘que *un cincuentavo de línea escapase*’ a la exploración de los esculcadores”¹⁰⁹.

Lacan hace notar que Dupin, por encontrar la carta, no sólo muestra la ineficiencia de la policía y el fracaso del Ministro, sino que además evidencia que la otra dimensión de la verdad está vinculada, inevitablemente, con los sitios en los que se desplaza la *carta-significante*. Si la policía no pudo encontrar la carta en donde efectivamente estaba, fue porque se trata de otro espacio.

Es evidente (*a Little too self evident*) que la carta en efecto tiene con el lugar relaciones para las cuales ninguna palabra francesa tiene todo el alcance del calificativo inglés *odd. Bizarre*, por la que Baudelaire la traduce regularmente es sólo aproximada. Digamos que esas relaciones son singulares, pues son las mismas que con el lugar mantiene el *significante*¹¹⁰

Recordemos que el jefe de policía en el momento que contaba el *Drama Real*, ya hacía patente la diferencia entre sus modos de concepción y de tratamiento del espacio y los de Dupin; la risa derivada de la incompreensión de aquél, delataba la astucia encerrada en la seriedad de éste.

encontrar la ‘ilustración’ de una ‘verdad’ [...], desconoce la *carta*, el funcionamiento o el ficcionamiento del texto de Poe, de éste y de su encadenamiento a los otros, digamos el *cuadrado* de una escena de escritura que ahí se juega”. Derrida, J., *Posiciones*, Editorial Pre-Textos, Valencia, 1977, p. 115.

¹⁰⁹ Lacan, J., “Seminario sobre ‘La carta robada’”, p. 34. Subrayado mío.

¹¹⁰ *Ibid.*, p. 35

--Quizá el misterio sea un poco *demasiado* sencillo –dijo Dupin.

--¡Oh Dios misericordioso! ¿Quién ha oído nunca semejante idea?

--Un poco *demasiado* evidente.

--¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Jo, jo, jo! –gritaba nuestro visitante, enormemente divertido--. ¡Oh Dupin, quiere usted hacerme morir de risa!¹¹¹

La risa venía de que ambos estaban pensando el espacio de manera distinta, pues mientras el jefe de la policía concebía el trabajo de la búsqueda en un espacio “real”, tangible y visible, Dupin tomaba en cuenta toda la escenificación que se había construido en la consumación del robo: preveía que al Ministro, en la medida en que sabía que la policía emplearía todos sus recursos para localizar la carta, no le quedaría más que imitar a la Reina, *ocultarla a la vista*, “tal es el lugar propio donde la carta se encuentra, donde su sentido se encuentra, donde el ministro la cree al abrigo y donde está, en su escondite mismo, más expuesta”¹¹².

La policía fracasó al seguir las detalladas instrucciones de búsqueda, porque de esa manera, sin saberlo, construía los escondites de la carta. La ocultaba mientras la paseaba por sus manos, reafirmaba el espacio real mientras ocultaba el espacio simbólico,

sólo en la dimensión de la verdad puede haber algo escondido. En lo real, la idea misma de un escondite es delirante: por lejos que haya ido alguien a llevar algo a las entrañas de la tierra, ese algo no está escondido, porque si ese alguien llegó hasta ahí también pueden llegar ustedes. Sólo se puede esconder aquello que pertenece al orden de la verdad. *Es la verdad la que está escondida, no la carta*. Para los policías la verdad no tiene importancia, para ellos sólo existe la realidad, y por esta razón no encuentran nada¹¹³

¹¹¹ Poe, Edgar A., “La Carta Robada”, en *Relatos*, Ediciones Cátedra, Madrid, 2003, p. 342

¹¹² Derrida, J., “El cartero de la verdad”, p. 413

¹¹³ Lacan, J., *Seminario 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, p. 302. Subrayado mío.

Para la policía, la carta no estuvo allí donde sí estaba porque buscó un objeto real en un espacio real, *imbecilidad realista* que desconoce, “que sólo puede decirse *a la letra* que falta en su lugar de algo que puede cambiar de lugar, es decir, de lo simbólico”¹¹⁴.

¹¹⁴ Lacan, J., “Seminario sobre ‘La carta robada’”, p. 36.

2.3.- SUJETO DE LA ESTRUCTURA: LUGAR EXCÉNTRICO

El entramado subjetivo, articulado por el circuito simbólico que establece la carta en su recorrido, no se agota en la configuración de las dos escenas sino que abre una tercera. De la misma manera que en las otras dos, hace que los sujetos estén determinados por el propio movimiento del significante.

Esto es sin duda lo que sucede en el automatismo de repetición. Lo que Freud nos enseña en el texto que comentamos, es que *el sujeto sigue el desfiladero de lo simbólico*, pero lo que encuentran ustedes ilustrado aquí es todavía más impresionante: no es sólo el sujeto sino los sujetos, tomados en su intersubjetividad, los que toman la fila, dicho de otra manera, nuestras avestruces, a las cuales hemos vuelto ahora, y que, más dóciles que borregos, modelan su ser mismo sobre el momento que los recorre en la cadena significante¹¹⁵.

El robo al Ministro no escapa a los efectos determinantes de *la carta-significante*, pues no “se explica por la astucia de Dupin, sino por la estructura de las cosas”¹¹⁶. Dupin se establecerá en la incómoda posición que ocuparon el Rey y después la policía, es decir, aquella en la que es imposible ver. Lejos de ser únicamente el lugar que “implicaba la ceguera”¹¹⁷, sirve como condición de posibilidad para que los otros dos puedan establecerse a través de un *espejismo especular* cuyos efectos determinantes no desaparecen.

El inevitable prolongamiento de la eficacia simbólica no se detiene con el despojo del que el Ministro ha sido víctima, sino que incluye y determina al psicoanalista en el circuito simbólico de la carta en la medida en que, como Dupin por regresarla a su *recto camino*, pide una retribución por restituirla.

¹¹⁵*Ibid.*, p. 40. Subrayado mío

¹¹⁶ Lacan, J., *Seminario 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, p. 301

¹¹⁷ Lacan, J., “Seminario sobre ‘La carta robada’”, p. 48

¿No estaremos en efecto justificados para sentirnos aludidos cuando se trata tal vez para Dupin de retirarse por su parte del circuito simbólico de la carta –nosotros que nos hacemos emisarios de todas las cartas robadas que por algún tiempo por lo menos estarán con nosotros “en sufrimiento” (*en souffrance*) en la transferencia?¹¹⁸

Por una parte, al Ministro le determinó en tanto que se mostró ante la Reina como alguien eminentemente terrible, *who dares all things*; por otra, le permitió mantener durante tanto tiempo el silencioso chantaje del que él mismo sufrirá los efectos, “desde el momento en que la carta no existe como medio de poder sino por las asignaciones últimas del puro significante: o sea prolongar su desviación para hacerla llegar a quien corresponde por un tránsito suplementario”¹¹⁹.

Dupin tomó la carta del lugar en el que, *prolongando su desviación*, el Ministro la había dejado, “ha *vuelto* la carta, no por cierto con el gesto apresurado de la Reina, sino de una manera más aplicada, de la manera en que se vuelve de revés un vestido¹²⁰. Bastó con que la policía tendiera sus propios escondites y que el Ministro hiciera esas ligeras modificaciones para que los cambios de lugar no fueran simples desplazamientos, sino *determinaciones estructurales* sobre cada uno de los personajes pues, a pesar de ellos, “se trata del efecto mismo del inconsciente en el sentido preciso en que enseñamos que el inconsciente es que el hombre esté habitado por el significante”¹²¹.

La *carta-significante* compromete a los personajes en sus relaciones. Puesto que es *símbolo de un pacto*, determina las consecuencias de las que ellos serán las víctimas en tanto que son incluidas, de manera inevitable, en el circuito intersubjetivo. Pero no es un

¹¹⁸*Ibid.*, p. 46

¹¹⁹*Ibid.*, p. 43.

¹²⁰*Ibid.*, p. 44

¹²¹*Ibid.*, p. 45

objeto cuya evidencia esté dentro de los límites del *cuadrilado que regula la operación* de búsqueda a través de la que intentan recuperarlo. Sin embargo, se somete a la regulación del intercambio de mercancías en la medida en que Dupin, como el psicoanalista, pide una retribución económica por restituir la carta, “¿y no es la responsabilidad que implica su transferencia la que neutralizamos haciéndola equivaler al significante más aniquilador que hay de toda significación, a saber, el dinero?”¹²².

El significante establece la dependencia entre las escenas, pues cada acción en una de ellas determina y condiciona las acciones en las otras. El sentido y la significación de cada uno de los elementos no dependen de ellos mismos, sino de la posición que van adquiriendo en tanto la combinatoria se va modificando por el recorrido que la carta realiza. Este recorrido es un círculo, pues la carta sale del mismo lugar al que regresa, el lugar de emisión coincide con su lugar de origen.

Puesto que la carta tiene (un) lugar de origen y de destino, puesto que sigue siendo lo que es durante el trayecto (¿qué es lo que garantiza eso?), tiene un sentido propio: la ley de su trayecto en primer lugar, si es que no su contenido, aun cuando éste reciba del desciframiento una determinación mínima que nos dice bastante al respecto. Debe tener una relación con lo que constituye el contrato o el “pacto”, es decir, con la sujeción del sujeto, por lo tanto en algún lugar con el agujero como lugar propio de la carta. Su lugar tiene una relación esencial con su sentido y éste debe ser tal que la haga regresar a su lugar. De hecho sabemos lo que hay en el billete. *Su sentido*, Lacan no tiene más remedio que hablar de él, retenerlo, por lo menos como *lo que amenaza el pacto que lo constituye: la ley fálica representada por el Rey y de la que la Reina tiene la guardia*, que debería compartir con él según el pacto y que ella amenaza precisamente con dividir, con disociar, con traicionar¹²³

Los cambios de posición están perfectamente determinados para cada uno de los personajes en cuestión, como le sucede a Dupin quien, lejos de salir del orden simbólico, ocupa uno de los lugares que ya estaban configurados desde las otras escenas. El conjunto

¹²²*Ibid.*, p. 47.

¹²³ Derrida, J., “El cartero de la verdad”, p. 412. Subrayado mío.

de las relaciones entre los elementos de cada escena es el que esboza el propio entramado intersubjetivo, pero es éste último el espacio en que el conjunto de los elementos se establece. En otras palabras, tanto las relaciones como los elementos se determinan mutuamente.

La correspondencia entre ambos conjuntos estaría neutralizada, sería equitativa y recíproca, si no fuera porque *la carta-significante*, debido a su materialidad, es enteramente distinta al resto de los elementos, “esta materialidad es singular en muchos puntos, el primero de los cuales es no soportar la partición. Rompamos una carta en pedacitos: sigue siendo la carta que es”¹²⁴. El significante, tanto objeto *de contradicción y de escándalo*, como *lettre volée que siempre llega a su destino*, sólo retarda su regreso en sus constantes remisiones, procrastinación propia del objeto simbólico,

[...] puesto que puede sufrir una desviación, es que tiene un trayecto que *le es propio*. Rasgo donde se afirma aquí su incidencia de significante. Pues hemos aprendido a concebir que el significante no se mantiene sino en un desplazamiento comparable al de nuestras bandas de anuncios luminosos o de las memorias rotativas de nuestras máquinas-de-pensar-como-los-hombres, esto debido a su funcionamiento alternante en su principio, el cual exige que abandone su lugar, a riesgo de regresar circularmente¹²⁵.

Por ser un objeto simbólico, el cambio de lugares que le interesa a Lacan, es el que se establece a través de las escenas en tanto que en ese recorrido se puede observar que *la misma carta* que ha sido robada, *es otra*. No sólo por los sustitutos que han sido dejados en su lugar para reemplazarla sino, sobre todo, por la combinatoria de los elementos que determina y transforma,

¹²⁴ Lacan, J., “Seminario sobre ‘La carta robada’”, p. 35

¹²⁵ *Ibid.*, p. 40

*La carta es aquí sinónimo del sujeto inicial, radical. Se trata del símbolo desplazándose en estado puro, al que no es posible rozar sin ser de inmediato apresado en su juego [...] En la medida en que han entrado en la necesidad, en el movimiento propio de la carta, cada uno de ellos pasa a ser, en el transcurso de las sucesivas escenas, funcionalmente diferente con respecto a la realidad esencial que ella constituye*¹²⁶

El regreso de la carta, *la circularidad de su trayecto*, es para Derrida lo que vuelve problemático todo el desarrollo de Lacan, pues lo pone a tono con presupuestos y desarrollos hermenéuticos. Porque se trata de la verdad, por una parte, como *adecuación*. No la adecuación de la palabra con la cosa, sino “la adecuación de la *palabra llena* a sí misma, su autenticidad propia, la conformidad de su acto a su esencia original”¹²⁷, adecuación del origen al fin, el lugar de origen es el lugar del destino. En la medida en que ambos lugares coinciden, se vuelve sospechoso el propio movimiento de la carta.

Adecuación, en el retorno circular y el trayecto propio, del origen al fin, del lugar de desprendimiento del significante a su lugar de atadura. Ese circuito de adecuación guarda y mira al del pacto, del contrato, de la fe jurada. Lo restaura contra la amenaza y como el orden simbólico. Y se constituye en el instante en que la *guardia* del falo queda confiada como *guardia de la falta*. Por el Rey y la Reina pero a partir de allí en un juego de alternancias sin fin.¹²⁸

Por otra parte, la verdad es tratada como *velamiento/develamiento* en tanto castración, pues lo que muestra y oculta no es sino el agujero que constituye al sujeto.

Velamiento-develamiento como estructura de la falta: la castración, lugar *propio* del significante, origen y destino de su carta, no muestra nada al develarse. Se vela pues en su develamiento. Pero esa operación de verdad tiene un lugar propio: pues los contornos *son* el lugar de la falta en ser desde la cual se desprende el significante para su circuito literal¹²⁹

¹²⁶ Lacan, J., *Seminario 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, p. 295. Subrayado mío

¹²⁷ Derrida, J., “El cartero de la verdad”, p. 442. Subrayado mío

¹²⁸ *Ibid.*, p. 435

¹²⁹ *Ibid.*, p. 435

Para Lacan, el trayecto propio de la carta que se da en *la circularidad* de su recorrido, está garantizada por la materialidad que la constituye. Materialidad que para Derrida depende más bien de la *indivisibilidad* producto de la idealidad establecida por la propia unidad *de la lettre volée* resistente a la destrucción. La “reapropiación y readecuación trascendentales que cumplen un verdadero contrato”¹³⁰ son las que garantizan, en la economía restringida, delimitada y controlada, la *permanencia del significante* en su recorrido.

Ese sistema es de hecho el de la idealidad del significante. El idealismo que se aloja en él no es una posición teórica del analista, es un efecto estructural de la *significación* en general, cualesquiera que sean las transformaciones o ajustes que se haga sufrir al espacio de la *semiosis*. Se comprende que Lacan encuentre esa “materialidad” “singular”: no retiene más que su idealidad. No considera la letra sino en el punto en que, determinada (diga lo que diga) por su contenido de sentido, por la idealidad del mensaje que “vehicula”, por la palabra que permanece, en su sentido, fuera del alcance para la partición, puede circular intacta de su lugar de desprendimiento a su lugar de atadura, es decir, al mismo lugar. De hecho, esa letra no escapa únicamente a la partición, escapa al movimiento, no cambia de lugar.¹³¹

¹³⁰*Ibid.*, p. 411.

¹³¹*Ibid.*, p. 436.

CAPÍTULO TERCERO

SUJETO DEL SIGNIFICANTE

3.1.- FUNCIÓN DEL SIGNIFICANTE EN EL INCONSCIENTE

Para Lacan, en el hablante, la experiencia freudiana rompe la unidad del sujeto que lo haría posicionarse como productor y conocedor a cabalidad de su propio discurso. Esa postura, lo obliga a tomar distancia respecto a la relación hegeliana de la verdad con el saber.

Volvamos a tomar en efecto por este sesgo el favor que esperamos de la fenomenología de Hegel. Es el de señalar una solución ideal, la de un revisionismo permanente, si así puede decirse, en que la verdad está en reabsorción constante en lo que tiene de perturbador, no siendo en sí misma sino lo que falta para la realización del saber¹³².

La verdad es lo que falta para la consumación del saber. La conjunción de una con el otro, se propone como un *momento* en donde el sujeto, al final del proceso dialéctico, obtendría la *identidad* consigo mismo que le permitiría constituirse como sujeto de conocimiento pleno. La idealización de ese proceso, cuyo sustrato es el “*Selbstbewusstsein*, el ser de sí conciente, omniconciente”¹³³, tiene para Lacan escasa relación con lo que ha sucedido en el campo del conocimiento, pues las relaciones del sujeto con la verdad y con el saber no se resuelven en esa dialéctica.

Ojalá así fuese, pero la historia misma de la ciencia, queremos decir de la nuestra y desde que nació, si colocamos su primer nacimiento en las matemáticas griegas, se presenta más bien en rodeos que satisfacen muy poco el inmanentismo, y las teorías, no nos dejemos engañar sobre eso por la reabsorción de la teoría restringida en la teoría generalizada, de hecho no se ajustan en absoluto según la dialéctica tesis, antítesis, síntesis¹³⁴

¹³² Lacan, J., “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”, en *Escritos 2*, Siglo XXI Editores, México, 2009, p. 759

¹³³ *Ibid.*, p.759

¹³⁴ *Ibid.*, p.759

Lacan nos recuerda que en Freud, a diferencia de quienes le precedieron, la conciencia no sirve como concepto al que se le pueda oponer el de inconsciente para, desde allí, fundar tanto su operatividad como restringir su definición, “ese error es considerar unitario el propio fenómeno de la conciencia, hablar de la misma conciencia, considerada como poder de síntesis, en la playa soleada de un campo sensorial, en la atención que lo transforma, en la dialéctica del juicio y en la ensoñación común”¹³⁵.

El inconsciente que Lacan extrae de Freud poco tiene que ver con la limitada e ingenua definición que lo reduce a la simple falta de conciencia, como si ambas fuesen simplemente nociones opuestas, “a partir de Freud, es una cadena de significantes que en algún sitio (*en otro escenario*, escribe él) se repite e insiste para interferir en los cortes que le ofrece el discurso y la cogitación que él informa”¹³⁶. Una de las precisiones que resalta Lacan está centrada en la relación suscitada entre el significante, el inconsciente y el sujeto, es decir, entre la estructura del lenguaje, sus elementos, sus formaciones y sus efectos.

De allí que continuamente se refiera, por una parte, a las revisiones tanto de Saussure como de Jakobson y, por otra, a los mecanismos descubiertos por Freud respecto a las producciones del inconsciente. Lacan homologa terminantemente la *estructura sincrónica de la metáfora* y la *función diacrónica de la metonimia* con los mecanismos del proceso primario esbozados en la *Traumdeutung*¹³⁷, con la condensación y con el desplazamiento, respectivamente,

[...] los mecanismos descritos por Freud como los del proceso primario, en que el inconsciente encuentra su régimen, recubran exactamente las funciones que esa escuela considera para determinar

¹³⁵ Lacan, J., “Posición del inconsciente”, en *Escritos 2*, Siglo XXI Editores, México, 2009, p. 791.

¹³⁶ Lacan, J., “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo”, p. 760. Subrayado mío.

¹³⁷ Freud, S., “La interpretación de los sueños”, en *Obras Completas*, Tomo V, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976

las vertientes más radicales de los efectos del lenguaje, concretamente la metáfora y la metonimia, dicho de otra manera, los efectos de sustitución y de combinación del significante en las dimensiones respectivamente sincrónica y diacrónica donde aparecen en el discurso”¹³⁸.

Cada elemento de la cadena significativa se relaciona con los otros sin adecuarse a los principios lógicos de no contradicción y de tercero excluido, porque sus operaciones están dadas tanto por los desplazamientos, como por las combinaciones que se efectúan mediante los mecanismos del inconsciente. En ese lugar, la conciencia tiene una participación nula porque aquél *otro escenario* de configuraciones y articulaciones significantes no es, digamos, de su jurisdicción en tanto que no respeta sus leyes ni se adecua a sus principios.

A la combinación significativa, ilación de contradicciones, abundancia de disparates, hecha de pedazos que no logran amalgamarse, es necesario agregar los fragmentarios relatos de los sueños que, lejos de ayudar a la coherencia de lo narrado, complejizan sus anudamientos en tanto que le convierten en un *rebús*. Revelan tanto otra organización significativa, como otra estructura temporal distinta de la tranquila sucesión que representa: un pasado que *fue*, un presente que *es* y un futuro que *será*. El tiempo del inconsciente difiere del tiempo lineal.

Encontramos aquí la estructura escandida de esa *pulsación de la ranura* [...] La aparición evanescente sucede entre los dos puntos, el inicial, el terminal, de este tiempo lógico: entre ese instante de ver donde algo se elide siempre, se pierde incluso, en la intuición misma, y ese momento elusivo en que, precisamente, la aprehensión del inconsciente no concluye, en que se trata siempre de una recuperación engañosa¹³⁹.

¹³⁸ Lacan, J., “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo”, p. 761.

¹³⁹ Lacan, J., *Seminario II. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Ediciones Paidós, Buenos Aires, 2010, p. 40. Subrayado mío

La frase necesita del último significante para poder cerrarse y completarse. Debido a que esto es imposible, el último de los significantes no sólo es provisional, sino que además está modificando, de manera retroactiva y permanente, el sentido de todo *lo dicho* por el sujeto.

Freud exige una objetivación total de la prueba mientras se trata de fechar la escena primitiva, pero supone sin más todas las resubjetivaciones del acontecimiento que le parecen necesarias para explicar sus efectos en cada vuelta que el sujeto se reestructura, es decir, otras tantas reestructuraciones del acontecimiento que se operan, como él lo expresa, *nachträglich*, retroactivamente.¹⁴⁰

El sujeto de Lacan, se encuentra siempre *a la busca del significante sustituto*, siempre se trata de otro significante que, inevitablemente, proviene del Otro. Este último, es el lugar que alberga el *tesoro del significante* y que se distingue del *código* en la medida que cada significante, “no se constituye sino de una reunión sincrónica y numerable donde ninguno se sostiene sino por el principio de su oposición a cada uno de los otros”¹⁴¹.

La significación y el sentido de la historia de cada sujeto siempre está *escribiéndose* y *tejiéndose* desde otro lugar distinto a la conciencia, *re-significándose* siempre en tanto que está constantemente *re-escribiéndose*. La determinación de un suceso no está en la sustancialidad ni objetividad supuestas a partir de su facticidad, pues la vivencia no adquiere significación por sí misma en tanto “verdaderamente vivida”, sino por las *resubjetivaciones* inherentes a la narración del sujeto. Gracias al desconocimiento en que la propia conciencia le posiciona, el sujeto traza su historia como si fuese enteramente

¹⁴⁰ Lacan, J., “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, p. 249

¹⁴¹ Lacan, J., “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”, p. 767

verdadera, como si su sentido fuese unívoco, como si su intencionalidad estuviese determinada.

Lo que enseñamos al sujeto a reconocer como su inconsciente es su historia; es decir que lo ayudamos a perfeccionar la *historización* actual de los hechos que determinaron ya en su existencia cierto número de “vuelcos” históricos. Pero si han tenido ese papel ha sido ya en cuanto hechos de historia, es decir, en cuanto reconocidos en cierto sentido o censurados en cierto orden.¹⁴²

Tales *resubjetivaciones*, condiciones de posibilidad de toda *historización*, son expresadas en el nivel del habla que, como se ha visto a lo largo de esta investigación, tiene la *estructura de la frase*. Allí, por su carácter provisional, el último significante permite la captación de una coincidencia entre ambas cadenas en un momento específico, en “el entrecruzamiento en sentido inverso de las dos líneas en una especie de presente ideal”¹⁴³ (Ver esquema 3 en apéndice).

Hay, pues, un *momento ideal* en que los desplazamientos de las cadenas del significado y del significante coinciden sólo en tanto que ésta última detiene el deslizamiento y la producción de significación, “la función diacrónica de este *punto de basta* debe encontrarse en la frase en la medida en que no cierra su significación sino con su último término, ya que cada término está anticipado en la construcción de los otros, e inversamente sella su sentido por su efecto retroactivo”¹⁴⁴.

No obstante, la frase no sólo no se agota en la diacronía propia de la sucesión significante, sino que además está determinada por todo el conjunto virtual de significantes,

¹⁴²Lacan, J., “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, p.253

¹⁴³ Lacan, J., *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*, Ediciones Paidós, Buenos Aires, 2010, p. 17.

¹⁴⁴ Lacan, J., “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo”, p. 766. Subrayado mío

in absentia, que están a la espera de ser utilizados para suplir el lugar del *significante por-venir*,

[...] la estructura sincrónica está más escondida, y es ella la que nos lleva al *origen*. Es la metáfora en cuanto que en ella se constituye la atribución primera, la que promulga “el perro hacer miau, el gato hacer gua gua”, con lo cual el niño de golpe, desconectando a la cosa de su grito, eleva el signo a la función del significante, y la realidad a la sofística de la significación, y, por medio del desprecio de la verosimilitud, abre la diversidad de las objetivaciones por verificarse de la misma cosa¹⁴⁵.

La metáfora, en tanto estructura sincrónica, muestra dos particularidades del significante. Permite entender, por una parte, precisamente el desprendimiento del signo respecto a su significación habitual en la medida en que corrobora la independencia de las cadenas. Por otra, hace visible el proceso de significación como incesante producción creativa.¹⁴⁶

¹⁴⁵*Ibid.*, p. 766.

¹⁴⁶ La pregunta por la productividad, propia de la metáfora, no puede desdeñarse. Lacan recurre a la relación entre las palabras *aterrado* y *abatido*, para explicitar ese *matiz suplementario* que constituye al proceso metafórico en la producción de sentido: “Pero todo el interés de la cosa es subrayar que el terror es introducido por el *terr* que está en *aterrado*. Dicho de otra manera, la metáfora no es una inyección de sentido –como si eso fuera posible, como si los sentidos estuvieran en alguna parte, donde quiera que sea, en una reserva. Si la palabra *aterrado* aporta un sentido nuevo, no es porque tenga una significación sino en cuanto significante. Es porque contiene un fonema que se encuentra en la palabra *terror*. Por la vía significante, la del equívoco y de la homonimia, es decir por la vía de lo más sin sentido que pueda haber, es como la palabra engendra ese matiz de sentido, ese matiz de terror que introducirá, inyectará, en el sentido ya metafórico de la palabra *abatido*”. Lacan, J., *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*, p. 35. Para Lacan, todo cambio en el sentido es consecuencia de la producción metafórica que se da partir de la *sustitución* palabra por palabra o fonema por fonema, de significante a significante. Es preciso observar que dicho proceso sustitutivo no se da sino en la medida en que los significantes en juego *se parecen*. En este *vínculo fonemático*, a diferencia de lo que el propio Lacan piensa, no se privilegia la estructura metafórica sino la sucesión diacrónica. Esto se vuelve un problema en la medida en que, leyendo desde algunas observaciones hechas por Derrida, ese *proceso sustitutivo de creación metafórica* no responde a una configuración diferencial y oposicional sino que se reduce a un proceso de *representación analógica*: “leer en un concepto la historia escondida de una metáfora, es privilegiar la *diacronía*, a costa del sistema, y apostar sobre esta concepción *simbolista* del lenguaje que hemos destacado de paso: la ligadura del significante al significado ha debido ser y seguir siendo, aunque enterrada, una ligadura de necesidad natural, de partición analógica, de parecido. La metáfora siempre ha sido definida como el tropo del parecido; no, simplemente, entre un significante y un significado, sino ya entre dos signos, de los cuales uno designa al otro. Es su rasgo más general [...] Es interesarse sobre todo por el polo no sintáctico, no sistemático, por la profundidad semántica, por la imantación de lo similar más bien que por la combinación posicional”. Derrida, J., “La mitología blanca”, en *Márgenes de la filosofía*, Ediciones Cátedra, Madrid, 2008, p. 254.

Con el *punto de basta*, Lacan ilustra ese momento ideal en que el significante detiene el desplazamiento de la significación para asegurar la univocidad de sentido. Pero, con “los dos estados o funciones que podemos aprehender en una secuencia significativa”¹⁴⁷ por una parte, y con la peculiaridad del último significante de ser siempre *suplemento*, por otra, ilustra tanto el desplazamiento de la cadena significativa, como la libertad de producción y creación que ofrece la metáfora. Una falta, pretende ser colmada mediante la idealidad del *punto de basta* que sutura la no-correspondencia de las cadenas y que pretende frenar el desplazamiento de una respecto a otra.

Producto de las combinaciones metafóricas realizadas en el plano metonímico, la narración del sueño presenta abundantes desfiguraciones y aberraciones significantes. Sobre los ejes metafórico y metonímico, Lacan expone las leyes del inconsciente, explicita su carácter textual y, más importante aun, suscribe que las elaboraciones y manifestaciones del inconsciente en nada difieren del discurso de la vigilia.

¿Qué es lo que distingue a esos dos mecanismos que desempeñan en el trabajo del sueño, *Traumarbeit*, un papel privilegiado, de su homóloga función en el discurso? Nada, sino una condición impuesta al material significativo, llamada *Rucksicht auf Darstellbarkeit*, que habría que traducir por: deferencia a los medios de la puesta en escena (la traducción por: papel de la posibilidad de figuración es aquí excesivamente aproximada). Pero es condición constituyente una limitación que se ejerce en el interior del *sistema de la escritura*, lejos de disolverlo en una semiología figurativa en la que se confundiría con los fenómenos de la expresión natural.¹⁴⁸

Asuntos de escritura, las elaboraciones del inconsciente tanto en la narración del sueño como en el discurso de la vigilia están regulados por los mecanismos de condensación y de desplazamiento, por la *estructura sincrónica de la metáfora* y la *función*

¹⁴⁷ Lacan, J., *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*, p. 18.

¹⁴⁸ Lacan, J., “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, p. 478. Subrayado mío.

diacrónica de la metonimia. Ambos mecanismos son los responsables de que, *en la enunciación*, algo tropiece como falla, como ruptura, como algo que no logra adecuarse y que se pierde, como algo inscrito en el juego alternante *velamiento/develamiento*, “lo que se produce en esta hiancia, en el sentido pleno del término producirse, se presenta como el hallazgo. Así es como la exploración freudiana encuentra primero lo que sucede en el inconsciente.”¹⁴⁹

¹⁴⁹ Lacan, J., *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2010, p. 33

3.2.- CAUSACIÓN DEL SUJETO: ESCISIÓN ORIGINAL

Para Lacan, las combinaciones y los desplazamientos efectuados en la cadena significativa no son productos de la conciencia. Lejos de que ésta última tenga una participación privilegiada, también es resultado de la *escisión original* que hace del sujeto un efecto de la combinatoria estructural del lenguaje.

Si en “Estudios sobre la histeria”¹⁵⁰ Freud pretendía comenzar el análisis partiendo de las manifestaciones somáticas e ir resolviéndolas una a una, tiempo después, a partir de un *cambio en la técnica*, opta por trabajar con las ocurrencias del analizado, además de incluir los relatos de los sueños que, poco a poco y de manera fragmentada salen a la luz. Este cambio es el que Lacan tanto valora y del que sacará los mayores provechos para la articulación tanto de la dinámica del significante en el inconsciente, como de sus vínculos con el sujeto.

Ocurrencias, chistes, lapsus, vacilaciones, sueños, síntomas, actos fallidos todos tienen la estructura de la frase. Son el material con el que se trabaja porque allí el inconsciente se hace escuchar, se deja leer.

Lo que constituye el campo analítico es idéntico a lo que constituye el fenómeno analítico, a saber, *el síntoma*. Y también gran número de otros fenómenos llamados normales o subnormales, cuyo sentido no había sido elucidado hasta el análisis, y que se extienden mucho más allá del discurso y de la palabra, puesto que son cosas que le ocurren al sujeto en su vida cotidiana. Vienen luego los lapsus, trastornos de la memoria, sueños, sumémosle la agudeza, la cual tiene un valor esencial en el descubrimiento freudiano puesto que permite palpar la perfecta coherencia que tenía en la obra de Freud *la relación del fenómeno analítico con el lenguaje*¹⁵¹

¹⁵⁰ Freud, S., “Estudios sobre la histeria”, en *Obras Completas*, Tomo II, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976

¹⁵¹ Lacan, J., *Seminario 3. Las psicosis*, Ediciones Paidós, Buenos Aires, 2008, p. 234. Subrayado mío.

Aquél *otro escenario*, es siempre negado y soslayado por la ilusión y por el engaño inherentes a las funciones de la conciencia. Le hacen fundarse como productora del discurso y como dueña del sentido de lo que dice. Contrariamente a todas las quimeras de unidad, de transparencia, de univocidad del sentido y de conocimiento pleno, “la única función homogénea de la conciencia está en la captura imaginaria del yo por su reflejo especular y en la función de desconocimiento que permanece ligada a ella”¹⁵². Tanto la *función homogénea* como la *función de desconocimiento*, dan cuenta de la limitada operatividad de la conciencia en cuanto a la constitución del sujeto y a la producción de su discurso.

Ambas funciones intentan denotar los efectos producidos por las fórmulas de conexión y de sustitución, por las figuras de estilo y por los tropos a los que el sujeto, en su deshilvanada narración, recurre.

Verán que, con más radicalidad, hay que situar el inconsciente en la dimensión de *una sincronía –en el plano de un ser*, pero en la medida en que éste puede recaer sobre todo, es decir, *en el plano del sujeto de la enunciación*, en la medida en que según las frases, según los modos, éste se pierde tanto como se vuelve a encontrar, y que, en una interjección, en un imperativo, en una invocación y aun en un desfallecimiento, siempre es él quien le afirma a uno su enigma, y quien habla—en suma en el plano donde todo lo que se explaya a propósito del sueño, en torno a un punto central. Se trata siempre del sujeto en tanto indeterminado¹⁵³.

No hay sujeto que no esté dividido. Para Lacan, un modo específico de pensamiento ha soslayado esta verdad, “falla esencial del idealismo filosófico, por otra parte insostenible y nunca radicalmente sostenido. No hay sujeto sin que haya, en alguna parte, *afanisis* del sujeto, y en esa alienación, en esa división fundamental, se instituye la dialéctica del

¹⁵² Lacan, J., “Posición del inconsciente”, en *Escritos 2*, Siglo XXI Editores, México, 2009, p. 791

¹⁵³ Lacan, J., *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis*, p. 34

sujeto”¹⁵⁴. La indisoluble y constitutiva relación que el sujeto mantiene con la cadena significativa hace que padezca los efectos del juego combinatorio de sustituciones, reemplazos y suplencias provisionales que desde *aquel otro escenario* se organizan.

Por una parte, el sujeto no puede ser pensado como signo unitario de correspondencia unívoca pero, por otra, la *designación* que el propio sujeto hace de sí es insuficiente para agotar los intrincados caminos de su propia *significación*. No otro es el problema al que Lacan se refiere cuando recurre a la distinción lingüística propia del francés: *je/moi*. Esta oposición hace patente la irreductible diferencia entre el sujeto de la enunciación y el sujeto del enunciado, respectivamente.

El primer elemento de la oposición tiene por única función servir de *shifter* o indicador de la persona que está enunciando, por eso la referencia apunta a un sólo sentido en tanto que designa al hablante que, implícita o explícitamente, dice “yo”. Es claro que esta *persona gramatical* está delimitada y restringida por las funciones de la conciencia que, como se ha indicado más arriba, suturan, por una parte, el desplazamiento incesante de las cadenas pero, por otra, ignoran la *función de la barra* del algoritmo del signo lingüístico que las separa.

Puede intentarse aquí, por un prurito de método, partir de la definición estrictamente lingüística del Yo [*Je*] como significante: en la que no es nada sino el *shifter* o indicativo que en el sujeto del enunciado designa al sujeto en cuanto que habla actualmente. Es decir que designa al sujeto de la enunciación, pero que no lo significa¹⁵⁵

El segundo elemento, lejos de compartir la singularidad del primero, se refiere propiamente al problema que concierne al sujeto en sus relaciones con el significante. Es el

¹⁵⁴ *Ibid.*, p. 229

¹⁵⁵ Lacan, J., “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”, p. 761.

sujeto del inconsciente que, como se ha reiterado, está íntima e inevitablemente vinculado a la cadena que los significantes forman uno después de otro, en la sucesión *palabra a palabra* que tiene lugar en el eje de la metonimia,

[...] el yo sólo se acababa al articularse no como Yo [*Je*] del discurso, sino como metonimia de su significación (lo que Damourette y Pichon toman por la persona “densa” [*étouffé*] que oponen a la persona sutil; esta última no es otra cosa que la función más arriba designada como *shifter*.¹⁵⁶)

Como *metonimia de su significación*, es decir, en tanto que a la propia narración siempre le falta, por lo menos el último de los significantes, cerrar y agotar el sentido de *la historia del sujeto* se vuelve imposible. Por una parte, la significación del sujeto es siempre *provisional*, permanece abierta e inagotable, pues la totalidad de ese conjunto de significantes es, por paradójico que parezca, siempre incompleta. Por otra parte, en la medida en que el *significante último* siempre está *por-venir*, lo que falta es la garantía que frene y controle la producción de la significación,

[...] este significante no puede ser sino un trazo que se traza de su círculo sin poder contarse en él. Simbolizable por la inherencia de un (-1) al conjunto de los significantes. *Es como tal impronunciable, pero no su operación, pues ésta es lo que se produce cada vez que un nombre propio es pronunciado.* Su enunciado se iguala a su significación. De donde resulta que al calcular ésta, según el álgebra que utilizamos, a saber:

$$\frac{S(\text{significante})}{s(\text{significado})} = s(\text{el enunciado}), \text{ con } S = (-1),$$

tenemos:

$$s = \sqrt{-1}$$

*Es lo que falta al sujeto para pensarse agotado por su cogito, a saber, lo que es impensable*¹⁵⁷.

¹⁵⁶ Lacan, J., “Subversión y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”, p. 770

¹⁵⁷ *Ibid.*, p. 779. Subrayado mío.

Este *cálculo algebraico*, muestra por una parte, que la enunciación es incompleta necesariamente porque le falta el último significante. Por otra, indica que el sujeto, gracias a su propia enunciación, está imposibilitado para agotar su significación. En ese sentido, de dicho cálculo resulta la inexistencia de todo metalenguaje.

Como se indicó desde el principio de esta investigación, el más importante y determinante *corte* es el que Lacan, al modificar el algoritmo del signo saussureano, establece en oposición a la *función homogénea* de la conciencia. La constitución de dos redes se establece al separar la cadena del significante respecto a la del significado.

La primera red, la del significante, es la estructura sincrónica del material del lenguaje en cuanto que cada elemento toma en ella su empleo exacto por ser diferente de los otros; tal es el principio de distribución que regula la función de los elementos de la lengua en sus diferentes niveles, desde la pareja de oposición fonemática hasta las locuciones compuestas, de las que desentrañar las formas estables es la tarea de la más moderna investigación.

*La segunda red, la del significado, es el conjunto diacrónico de los discursos concretamente pronunciados, el cual reacciona históricamente sobre el primero, del mismo modo que la estructura de éste gobierna las vías del segundo.*¹⁵⁸

La ruptura, cuya explicitación está dada específicamente *en* la creación de sentido que el discurso muestra, manifiesta la división de la que el sujeto es resultado, en tanto que de ella le vienen los efectos de su propia *enunciación*. En esta última, haya o no intención de ocultar, los huecos comienzan a aparecer, por momentos se los pretende sustituir por dudas, por mentiras o por recuerdos encubridores. Hay episodios cuya ilación no concuerda, la narración congruente pierde sus nexos, la historia comienza a develarse fragmentada.

¹⁵⁸ Lacan, J., “La cosa freudiana, o el sentido del retorno a Freud en psicoanálisis”, en *Escritos I*, Siglo XXI Editores, México, 2009, p. 390. Subrayado mío

La palabra falta, la hiancia permanece insistiendo. El *punto de basta* se manifiesta como fracaso; los esfuerzos por dar cuenta de ciertos olvidos no colman las expectativas que la coherencia exige. La duda, el desconcierto, la oscuridad y el extrañamiento respecto de la propia historia se hacen patentes.

No otro es el lugar en donde se aprecian los cortes, tanto el de las cadenas como el del sujeto consigo mismo, sino en la *enunciación-entre-los-sujetos*,

[...] el lugar del inter-dicto, que es lo intra-dicho de un entre-dos-sujetos, es el mismo donde se divide la transparencia del sujeto clásico para pasar a los efectos del *fading* que especifican al sujeto freudiano con su ocultación por un significante cada vez más puro: que estos efectos nos llevan a los confines donde lapsus y chiste en su colusión se confunden, o incluso adonde la elisión es hasta tal punto la más alusiva para reducir a su reducto a la presencia¹⁵⁹.

En el *inter-dicto*, que también es el lugar de la anamnesis, algo se revela, “en ese trabajo que realiza de reconstruirla *para otro*, vuelve a encontrar la alienación fundamental que le hizo construirla *como otra*, y que le destinó siempre a serle hurtada *por otro*”¹⁶⁰. Esta tensión, propia de la intersubjetividad, es la que muestra la *alienación constitutiva* de todo sujeto.

La narración subvierte el estatuto de la conciencia. Hace patente el descentramiento del “yo” que, embriagado en la pasividad provocada por el desconocimiento de los vínculos con la cadena significativa, olvida que lo determinan desde antaño y que de ellos seguirá siendo efecto,

El núcleo de nuestro de ser no coincide con el yo. Este es el sentido de la experiencia analítica, y alrededor de esto nuestra experiencia se ha organizado y ha ido depositando esos estratos de saber

¹⁵⁹ Lacan, J., “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”, p. 762

¹⁶⁰ Lacan, J., “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, en *Escritos I*, Siglo XXI Editores, México, 2009, p. 242

que actualmente se enseñan. Pero ¿creen ustedes que basta con limitarse a eso y decir: el yo (je) del sujeto inconsciente no es yo? Pues no basta, porque para ustedes, que piensan, por así decir, espontáneamente, nada implica la recíproca. Y normalmente se ponen a pensar que este yo es tan sólo una forma incompleta, errónea, del yo (je). Así, efectuaron ese descentramiento esencial en el descubrimiento freudiano, pero de inmediato lo redujeron¹⁶¹.

El *inter-dicto* es el soplo que apaga la llama que ilumina la fantasía tanto del monólogo interno, como de lo imaginario de la relación especular. Revela la opacidad que el sujeto tiene respecto a su propia existencia y le muestra constituido por una falta, dividido sin posibilidad de unidad. Esta tensión, le ahoga en el escándalo perpetuo de la desarmonía inherente a la *subordinación* que padece a merced de la cadena del significante, pues el sujeto no es dueño de sus determinaciones.

El registro del significante se instituye por el hecho de que un significante representa a un sujeto para otro significante. Es la estructura, sueño, lapsus y rasgo de ingenio, de todas las formaciones del inconsciente. Y es también la que explica la división originaria del sujeto. El significante, produciéndose en el lugar del Otro todavía no delimitado, hace surgir allí al sujeto del ser que no tiene todavía la palabra, pero al precio de coagularlo. Lo que allí había listo para hablar –esto en los dos sentidos que el pretérito imperfecto, en francés como en español, da al había, el de colocarlo en el instante anterior. *Estaba allí y ya no está, pero también el instante siguiente: un poco más y estaba por haber podido estar*--lo que había allí desaparece por no ser ya más que un significante¹⁶².

Para Lacan, no se trata de otra división sino la que se realiza respecto al sujeto del cogito cartesiano. Si para Descartes, después de rechazar todo saber anterior, era imprescindible llegar a una certeza para legitimar el conocimiento y darle fundamento, para Freud, a decir de Lacan, *la duda es una certeza*. En donde hay duda, lejos de rechazarla, *hay que ir a ver* porque allí se apoya la certeza que sirve como colofón de un anudamiento de la cadena significante, de una formación del inconsciente.

¹⁶¹ Lacan, J., *Seminario 2. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, Ediciones Paidós, Buenos Aires, 2010, p. 72. Subrayado mío.

¹⁶² Lacan, J., “Posición del inconsciente”, p. 799. Subrayado mío.

Lacan constata la simetría entre Freud y Descartes porque para ambos se trata de *Gedanken*, de pensamientos. A pesar de la evidente diferencia, puesto que el primero se refiere a *mecanismos significantes de elementos inconscientes* y el segundo privilegia la claridad de la conciencia. Así, pues, de la *certeza sin dudas* de Descartes, a *la certeza fundada en la duda* de Freud.

Hay pensamientos en ese campo de allende la conciencia, y no hay modo alguno de representar esos pensamientos que no sea mediante la misma homología de determinación en que el sujeto del *yo pienso* se encuentra respecto a la articulación del *yo dudo*.

Descartes aprehende su *yo pienso* en la enunciación del *yo dudo*, no en su enunciado, el cual acarrea todo ese saber que ha de ponerse en duda. Yo diría que Freud da un paso más —que señala bastante bien que la asociación que hacemos es legítima— cuando nos invita a integrar al texto del sueño lo que yo llamaría *el colofón de la duda* [...] El colofón de la duda forma parte del texto. Esto nos indica que Freud sitúa su certeza, *Gewissheit*, únicamente en la constelación de los significantes tal como resultan del relato, del comentario, de la asociación, sin que importen los desmentidos. A fin de cuentas, todo proporciona significante, y él cuenta con eso para establecer su propia *Gewissheit*.¹⁶³

Lacan observa que la afirmación de Descartes, independientemente de las discusiones que haya suscitado respecto al *cogito*, a la conciencia transparente-a-sí y al fundamento del conocimiento, está inmersa en el registro del habla. Provocada por la necesidad de ser dicha, y no obstante la simetría entre Descartes y Freud, la certeza enunciada por el *cogito* pertenece como tal, al registro del significante. Debido a que necesita ser enunciada, dicha certeza está inscrita, tanto como el sujeto que la enuncia, en los efectos del *fading*.

¹⁶³ Lacan, J., *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, p. 52

3.3.- FADING Y ENUNCIACIÓN

No sólo la articulación del lenguaje está dentro de los intereses de Lacan, también la consideración del *estatuto del sujeto* se vuelve imprescindible, “una vez reconocida en el inconsciente la estructura del lenguaje, ¿qué clase de sujeto podemos concebirle?”¹⁶⁴. El privilegio respecto a ciertos aspectos es muy claro, “a la intrasubjetividad obsesiva la intersubjetividad histórica, al análisis de la resistencia la interpretación simbólica”¹⁶⁵, pues a partir de las aportaciones de Freud se interesa por el estrecho vínculo entre deseo y sujeto.

Siempre mediados por el corte que establece el inconsciente, el privilegio que otorga a la dimensión del habla es notable, el inconsciente “habla y eso funciona de manera tan elaborada como a nivel de lo consciente, el cual pierde así lo que parecía ser privilegio suyo”¹⁶⁶. La dimensión del habla, su articulación inevitable con la instancia del significante y con sus efectos, es constitutiva desde la postura que Lacan tiene en la construcción del sujeto, “sólo funciona como significante reduciendo al sujeto en instancia a no ser más que un significante, petrificándolo con el mismo movimiento con que lo llama a funcionar, *a hablar, como sujeto*”¹⁶⁷.

Lacan propone el *fading* como la función de corte o de eclipse, para dar cuenta del *proceso de hiancia* a través del cual el sujeto está articulado con el *Otro*. Hay entre éste y aquél, una escisión original que siempre producirá efectos. Entre ambos, el inconsciente hace las veces de un corte al suscitar la opacidad en dicha relación y al establecer la

¹⁶⁴ Lacan, J., “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”, p.761

¹⁶⁵ Lacan, J., “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, p. 247

¹⁶⁶ Lacan, J., *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, p. 32

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 215. Subrayado mío.

división de la transparencia del sujeto clásico. Es la hiancia que “se encuentra gobernando las dos operaciones fundamentales en que conviene formular la *causación del sujeto*”¹⁶⁸.

La *Alienación* y la *Spaltung*, marcan la relación de dependencia que el sujeto de Lacan mantiene con el Otro y, como operaciones que lo constituyen en tanto que lo dividen, “se ordenan en una relación circular pero no recíproca”¹⁶⁹. Ni reciprocidad, ni simetría. Entre el sujeto y el Otro, el inconsciente.

Más que establecer una ruptura definitiva e insalvable, *la alienación* es el modo de conjunción entre el sujeto y el Otro, su importancia radica en que muestra “el surgimiento del sujeto a nivel de sentido”¹⁷⁰. Lacan retoma la forma lógica de dicha conjunción de la operación que, en teoría de conjuntos, se conoce como *reunión*, “esta disyunción es tal que el *vel* que llamamos de alienación sólo impone una elección entre sus términos eliminando uno de ellos, siempre el mismo sea cual sea la elección”¹⁷¹. Los términos entre los que se estable esta operación son *el sentido* y *el ser* (Véase esquema cuatro en apéndice).

Lacan, para pensar al sujeto y su articulación con ambos términos, hace una modificación a la operación. Lejos de eliminar el término que no ha sido elegido, como sucede en la teoría de conjuntos, lo oculta, lo petrifica, lo eclipsa. Conserva ambos pero *cercenados*.

Ilustremos esto con lo que nos interesa, el ser del sujeto, el que está aquí del lado del sentido. Si escogemos el ser, el sujeto desaparece, se nos escapa, cae en el sin-sentido; si escogemos el sentido, éste sólo subsiste cercenado de esa porción de sin-sentido que, hablando estrictamente, constituye, en la realización del sujeto, el inconsciente. En otros términos, la índole de este sentido tal como emerge

¹⁶⁸ *Ibid.*, p.

¹⁶⁹ Lacan, J., “Posición del inconsciente”, p. 798

¹⁷⁰ Lacan, J., *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, p. 229

¹⁷¹ *Ibid.*, p.

en el campo del Otro es la de ser eclipsado, en gran parte de su campo, por la desaparición del ser, inducida por la propia función del significante.¹⁷²

La segunda operación que marca el cierre de la *circularidad no recíproca* entre el sujeto y el Otro, tiene su forma lógica en lo que, también en la teoría de conjuntos, se conoce como *intersección*. Se refiere a los elementos que, de dos conjuntos, pertenecen tanto a uno como a otro, *a uno y a otro*.

Lacan también hace una modificación en esta operación, pues *invierte* la condición de doble pertenencia de los elementos a los conjuntos, por la de *doble falta* entre el sujeto y el Otro, “un *ni a*—es llamado aquí a llenar otro *ni a*—”¹⁷³. Tanto al sujeto como al Otro, les falta algo. Tanto en uno como en otro, la falta insiste. Hay intersección de faltas o, dicho en otros términos, el sujeto y el Otro están vinculados por el cruce de la falta de uno y de otro.

La primera operación manifiesta *el surgimiento del sujeto al nivel del sentido*. En la segunda operación, la zona de intersección muestra *el surgimiento del sujeto a nivel del deseo*. En tanto que se produce en ambas partes, una falta encaja con la otra, como superposición de las faltas.

Esta función aquí se modifica por una parte tomada *de la carencia a la carencia*, por la cual el sujeto viene a encontrar en el deseo del Otro su equivalencia a lo que él es como sujeto del inconsciente. Por esta vía el sujeto se realiza en la pérdida que ha surgido como inconsciente, por la carencia que produce en el Otro¹⁷⁴.

¹⁷² Lacan, J., *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, p. 219

¹⁷³ Lacan, J., “Posición del inconsciente”, p. 801

¹⁷⁴ *Ibid.*, p. 801. Subrayado mío

Doble articulación que no se da sino por la relación de subordinación que el sujeto tiene con el significante, sometidos siempre, tanto éste como aquél, a las dimensiones sincrónica y diacrónica. El significante que, por una parte, se produce en el campo del Otro y que, por otra, subordina al sujeto, opera en la *dialéctica de la conjunción y de la intersección*. Mediante ambas operaciones el sujeto adviene inevitablemente tanto al *sentido* como al *deseo*, a través de las dimensiones sincrónica y diacrónica, en la enunciación.

Lo que va a colocar allí es su propia carencia bajo la forma de la carencia que produciría en el Otro por su propia desaparición. Desaparición que, si puede decirse, tiene a mano, de la parte de sí mismo que le regresa de su alienación primera.

Pero lo que colma así no es la falla que encuentra en el Otro, es en primer lugar la de la pérdida constituyente de una de sus partes, y por la cual se encuentra en dos partes constituido. Aquí yace la torsión por la cual la separación representa el regreso de la alienación. Es que opera *con* su propia pérdida, que vuelve a llevarlo al punto de partida.¹⁷⁵

En la medida en que le provee de significantes al sujeto, la dimensión sincrónica articula las identificaciones imaginarias. La diacrónica, por su parte, lo vincula eternamente a su condición de sujeto deseante. Tanto una como otra, participan activamente en el *fading* del sujeto.

Efecto de lenguaje por nacer de esa escisión original, el sujeto traduce una sincronía significativa en esa primordial pulsación temporal que es el *fading* constituyente de su identificación. Es el primer movimiento.

Pero en el segundo, toda vez que el deseo hace su lecho del corte significativo en el que se efectúa la metonimia, la diacronía (llamada “historia”) que se ha inscrito en el *fading* retorna a la especie de fijeza que Freud otorga al anhelo inconsciente (última frase de la *Traumdeutung*).¹⁷⁶

¹⁷⁵*Ibid.*, p. 802.

¹⁷⁶*Ibid.*, p. 795

La *sincronía significativa* y la *diacronía llamada historia* son los ejes a través de los cuales la enunciación del sujeto acontece. El discurso, convertido en diálogo intersubjetivo, es el registro donde el inconsciente se manifiesta, donde patentiza sus efectos. Allí se da la sorpresa que implica que el hallazgo en la narración sea escurridizo, inaprehensible a cabalidad, “el inconsciente se manifiesta siempre como lo que vacila *en un corte* del sujeto—de donde vuelve a surgir un hallazgo, que Freud asimila al deseo—deseo que situaremos provisionalmente en la metonimia descarnada del discurso en cuestión en que el sujeto se capta en algún punto inesperado”¹⁷⁷.

La *metonimia de la significación*, enteramente vinculada al deseo del sujeto, provoca que quien enuncia no atine al significado. El sujeto está imposibilitado para agotar la significación del objeto de su deseo, pues “la relación del significado con lo que está allí como tercero indispensable, a saber el referente, es propiamente que el significado lo yerra. El colimador no funciona”¹⁷⁸. El proceso de designación de un objeto jamás puede ser agotado ni colmado en su significación. Lacan debe oponer al concepto “significación” establecido por la lingüística, el neologismo *significancia*,

Es posible advertir, en los márgenes de la función proverbial que la significancia es algo que se abre en abanico del proverbio a la locución.

Busquen en el diccionario la expresión *beber a porrillo* por ejemplo, y ya me contarán. Se llega a las explicaciones etimológicas más descabelladas. Y hay otras locuciones igual de extravagantes. ¿Qué quieren decir? Nada más que eso: la subversión del deseo. Ese es su sentido. Por el tonel agujereado de la significancia se desparrama *a porrillo* un bock lleno de significancia.¹⁷⁹

¹⁷⁷ Lacan, J., *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, p. 35. Subrayado mío.

¹⁷⁸ Lacan, J., *Seminario 20. Aun*, Ediciones Paidós, Buenos Aires, 2011, p. 29

¹⁷⁹ *Ibid.*, p. 28

El sujeto no puede agotar su *significación* en la simple función de *designación*, pues él mismo “no es un signo, los signos son plurivalentes: representan sin duda algo para alguien: pero *de ese alguien el estatuto es incierto*, lo mismo que el del lenguaje pretendido de ciertos animales, lenguaje de signos que no admite la metáfora ni engendra la metonimia”¹⁸⁰. Lacan establece la articulación entre el sujeto y el Otro a través de ambas dimensiones.

Si la *metáfora* vincula al sujeto con el ser, como se vio en la operación del *vel de la alienación*, la *metonimia*, como se vio en la *intersección*, lo vincula con su falta. En ese sentido, el corte que Lacan establece a las cadenas del significante y del significado, adquiere otra relevancia. Se postula, como se ha observado, no sólo como una simple variación del algoritmo del signo saussureano, sino como la *tópica del inconsciente*. Lugar que articula y desde el cual se estructuran el sujeto, el significante y el Otro para poder establecer una *teoría de los efectos del significante*.

El privilegio otorgado por Lacan a las dimensiones que se han estudiado más arriba, es inagotable. Surgen a partir de la modificación del algoritmo propuesto por Saussure y marcan los senderos por los cuales el sujeto se vincula con el ser y con el sentido, tanto en su alienación como en su separación por ser *sujeto de la enunciación*¹⁸¹.

¹⁸⁰ Lacan, J., “Posición del inconsciente”, p. 799. Subrayado mío

¹⁸¹ Imprescindible recordar las observaciones de Benveniste respecto a la función del “yo” y sus vínculos con la subjetividad: “Es en y por el lenguaje como el hombre se constituye como *sujeto*; porque el sólo lenguaje funda en realidad, en *su* realidad que es la del ser, el concepto de ‘ego’. La ‘subjetividad’ de que aquí tratamos es la capacidad del locutor de plantearse como ‘sujeto’. Se define no por el sentimiento que cada quien experimenta de ser él mismo (sentimiento que, en la medida en que es posible considerarlo, no es sino un reflejo), sino como la unidad psíquica que trasciende la totalidad de las experiencias vividas que reúne, y que asegura la permanencia de la conciencia. Pues bien, sostenemos que esta ‘subjetividad’, póngase en fenomenología o en psicología, como se guste, no es más que la emergencia en el ser de una propiedad fundamental del lenguaje. Es ‘ego’ quien dice ‘ego’. Encontramos aquí el fundamento de la ‘subjetividad’, que se determina por el estatuto lingüístico de la persona”. Benveniste, É., “De la subjetividad en el lenguaje”,

Lacan articula y ubica el estatuto del sujeto. Primero, en esas *contigüidades horizontales*, en las que el sujeto desplaza eternamente el objeto de su deseo.

$$f(S...S') S = S (-) s,$$

o sea, la estructura metonímica, que indica que es la conexión del significante con el significante la que permite la elisión por la cual el significante instala la carencia de ser en la relación de objeto, utilizando el valor de remisión de la significación para investirlo con el deseo que apunta hacia esa carencia a la que sostiene¹⁸²

Segundo, en todas las *posibilidades de sustitución* que, como contigüidades verticales, están presentes en toda enunciación. Un número considerable de aristas en la constelación significante hace que la *significancia*, “latente en la metonimia, patente en la metáfora”¹⁸³, ridiculice todo intento de significación cabal porque “el proceso del sujeto es el de un sujeto en proceso”¹⁸⁴ que lo mantiene disgregado en la enunciación.

¿A dónde quiero llegar sino a convencerlos de que lo que el inconsciente trae a nuestro examen es la ley por la cual *la enunciación* nunca se reducirá al enunciado de discurso alguno?

[...] Lo que hay que decir es que el yo [je] de esta elección nace en una parte distinta de aquella en la que se enuncia el discurso, precisamente en el que lo escucha.

¿No es proporcionar el estatuto de los efectos de la retórica cuando se muestra que éstos se extienden a toda significación? Si se nos objeta que se detienen en el discurso matemático, estamos tanto más de acuerdo cuanto que apreciamos en el más alto grado este discurso por no significar nada

El único enunciado absoluto fue dicho por quien tenía derecho; a saber: que ningún golpe de dados en el significante abolirá allí jamás el azar, por la razón, añadiremos por nuestra parte, de que ningún azar existe sino en una determinación de lenguaje, y esto sea cual sea el aspecto en que se lo conjugue, de automatismo o de encuentro.¹⁸⁵

en *Problemas de lingüística general I*, Siglo XXI Editores, México, 2007, p. 180. Lacan concuerda con Benveniste en que el fundamento de la subjetividad está en el ejercicio de la lengua, para ambos es imprescindible la enunciación. Para Lacan, como se ha dicho más arriba, lejos de que este fundamento establezca el estatuto del sujeto, lo vuelve problemático. Efectivamente, *es “ego” quien dice “ego”*, pero a costa de eclipsarse en el acto mismo de la enunciación. Esta última, hace de la persona gramatical un mero *shifter*. La subjetividad que Benveniste plantea, se reduce a estar fundamentada en una relación de denominación.

¹⁸² Lacan, J., “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, p. 482

¹⁸³ *Ibid.*, p. 482

¹⁸⁴ Morales, C., “Avaricia: *epojé* en escena” en *Devenir de los afectos. La avaricia*, University of San Diego California, p. 17

¹⁸⁵ Lacan, J., “La metáfora del sujeto”, en *Escritos 2*, Siglo XXI Editores, México, 2009, p. 851. Subrayado mío.

CONCLUSIONES

Lacan descubre rápidamente los límites en que la lingüística de herencia saussureana ha encerrado todo intento de pensar los problemas del lenguaje, de la palabra y de la significación. El isomorfismo de la lengua, la función referencial y la concepción ingenua de la comunicación, son las principales taras que subvierte al modificar las relaciones establecidas por el algoritmo saussureano. El anudamiento de estos tres aspectos frena y oculta la fuerza creativa del lenguaje porque hace de éste un sistema de intercambio equitativo y equilibrado, sosegado.

Con la modificación del algoritmo saussureano, Lacan impide que el lenguaje quede anclado en los límites del isomorfismo derivados de la función referencial. Hace del signo un elemento volátil, cuya precariedad arrastra a los sujetos a la inestabilidad. A su vez, hace de la comunicación un problema que necesita replantearse porque aquellos que se comunican no poseen un estatuto estático que les permita ser reductibles a meros elementos de intercambio. Son sujetos que hablan y, por esto, sujetos del inconsciente sometidos a las vicisitudes del significante.

Al articular los problemas de la significación, privilegiando específicamente la relación que se da entre significantes, se descubre la potencia intrínseca del lenguaje para poder decir más, incluso menos, pero particularmente algo distinto de lo que se dice.

Lejos de que dicha potencia desborde al lenguaje y lo convierta en algo inefable e incomprensible, establece una bifurcación que está perfectamente articulada por la

interacción de la metáfora con la metonimia, en los ejes paradigmático y sintagmático, en todas las posibilidades de sustitución dadas en la concatenación significante.

Al privilegiar el significante Lacan se ve obligado, de manera silenciosa pero inevitable, a investirlo con las características del fonema. El funcionamiento de este, coincide con las combinaciones sintagmáticas y con las sustituciones paradigmáticas de aquél. Esta homología hace que la teoría de Lacan no pueda salir de los límites de la semántica y de la semiótica. No hay propiamente ruptura sino, en palabras de Derrida, interrupción del semantismo ingenuo, pues la fonología sigue siendo el sustento que dota de cientificidad tanto a la lingüística como al desarrollo teórico de Lacan.

Sin embargo, no dejan de ser imprescindibles las consecuencias que Lacan extrae del privilegio y de la particularidad del vínculo fonemático. La relectura que realiza de Freud, le permite articularlo con el inconsciente. En esa coyuntura, la complicidad semántica y fonética de Lacan adquiere relevancia al postular que el inconsciente está estructurado como un lenguaje que se puede escuchar y que se deja leer, de la misma manera en que se leen y se escuchan los fonemas en sus desplazamientos sintácticos y en sus condensaciones semánticas. Las letras, los fonemas. Función de sitio, pues antes de significar cualquier cosa ocupan un lugar. Porque eso es el inconsciente, una topología articulada, constelación de huellas que se lee y se escucha no como significados sino como efectos del significante.

La propia operatividad del significante le sirve a Lacan para evitar que el sujeto de su teoría no esté aislado sino inmerso, siempre y sin posibilidad de salir, en la intersubjetividad configurada por el orden simbólico. Por eso el inconsciente no es ni propio ni ajeno sino transindividual, atraviesa a los sujetos para sesgarlos.

El orden simbólico es un complejo de relaciones intersubjetivas que determina y modifica las posiciones de los sujetos. Es un registro topológico, establece y garantiza los lugares que ocuparán los personajes al condicionar sus movimientos y sus acciones. Es una topología de la estrategia, no porque los sujetos la decidan y la efectúen, sino porque cada movimiento es una combinación diferencial que afecta todo el juego de relaciones.

Es otro orden, otro registro. Su peculiaridad radica en que hace evidente la existencia de un objeto distinto en tanto explicita sus consecuencias puesto que lo ubica por sus efectos: el significante. Tres escenas. Dos diálogos. Seis personajes, uno de los cuales está de más y está de menos, sobra y resta, no está por ninguna parte pero está siempre afectando y efectuando. Objeto aporético, lettre volée, carta-significante. Desestabiliza el equilibrio del complejo relacional intersubjetivo a la vez que lo hace posible. Quiebra la unidad del sujeto no para anquilosarlo o devastarlo, sino para mantenerlo en el dinamismo de la diferenciación relacional.

No es la literatura en su generalidad, ni siquiera la particularidad de una historia, sino la formalización del cuento “La carta robada” de Poe, la que le sirve a Lacan para articular el orden simbólico. El análisis formal de la historia le sirve para ilustrar la configuración, el funcionamiento, la operatividad y las consecuencias propias de este registro. Cada escena focaliza el entramado, ilumina y encuadra el drama real que es complemento del drama simbólico. El foco cambia de lugar con el recorrido del significante. El formalismo que Lacan va armando parece perfecto, todo se mueve como las manecillas de un reloj.

Todo se hace calculable, casi predecible. Pero comete un descuido inevitable. Olvida la función del narrador general, la oculta, la entierra, de ese saber nada quiere saber.

Dice Derrida que la neutraliza. No en vano. Pues es condición de posibilidad del propio funcionamiento, punto estable que escapa al dinamismo del orden simbólico. Encuadra, restringe, controla, orquesta el movimiento. Allí, en ese punto ciego que todo lo ve, sigiloso y precavido está Lacan encarnando la función del falo, haciéndonos pasar por sus significantes para poder seguirlo. Cartero de la verdad, oculta el lugar desde donde la dice, para que pueda ser dicha por él.

Si la carta regresa es porque tiene un destinatario, si ha sido desviada de su camino es porque tiene uno propio, dice Lacan. Morales da en un punto clave cuando dice que Derrida escribía postales, no mandaba cartas. Escribir postales, gesto estratégico para alterar el espacio controlado y restringido de la producción significativa, cuya garantía está en la materialidad indestructible de la carta, en esa idealidad trascendental que la conserva intacta. Escribir postales para subvertir la complicidad que se da entre la verdad, en su pretensión de infalibilidad y unicidad, y un aspecto específico de la producción literaria: la ficción. Una se funda en la otra y viceversa, se amparan mutuamente. Verdad y ficción. Verdad de la ficción o ficción de la verdad pregunta Derrida: verdad \diamond ficción.

Pero la verdad de Lacan habla. La Verdad habla. Coartada e interrumpida en la estructura sincrónica de la metáfora y en la función diacrónica de la metonimia. Allí se resignifica y reestructura el sujeto que divide al individuo. Habla y enuncia, pasa de ser entendido a ser ente-hendido. La enunciación lo disuelve y lo desaparece para localizarlo allí mismo, en la metáfora y en la metonimia, en los retruécanos del inconsciente, en los desplazamientos retóricos y en las condensaciones semánticas, en las evocaciones fonéticas. El sujeto verdadero, dice Lacan, es el sujeto del inconsciente.

Pero el sujeto que enuncia no es el sujeto del enunciado. Éste último simplemente indica el lugar gramatical, lo ubica como elemento indispensable de la frase. El que habla no es un misterio, es un enigma, un jeroglífico, él mismo es un rebús al que hay que escuchar al pie de la letra. No se decodifica sino que se descifra, pues el sujeto es una sintaxis estructural, no lineal, de sustituciones infinitas. Habla para ser hablado por la ausencia del último significante, provisional vicario, suplencia perenne.

Enunciar. Alienación. El sentido y el ser del sujeto están eclipsados, se restan el uno al otro, hacen hueco en el sujeto. Un poco de uno, impide la totalidad del otro, afanisis constitutiva. No hay sentido del sujeto sin que algo de su ser se sacrifique. Ser sujeto es estar imposibilitado de la totalidad de sentido. No se trata de un sin-sentido como opuesto al sentido, no es su negativo, no es la falta de sentido sino su condición de posibilidad porque es, dice Lacan, lo que en la realización del sujeto lo constituye, es decir, el inconsciente. Alienación constitutiva por la subordinación del sujeto al significante. El sujeto es, pues, una función derivada de los efectos del significante.

El Otro y el sujeto, ambos tachados, sesgados, incompletos. Entre el tesoro de los significantes y los sujetos alienados, está el deseo como lugar en el que se intersectan las faltas. Allí, la metonimia subvierte al sujeto al desplazar eternamente el objeto de su deseo. El Otro hace al sujeto en tanto le provee de significantes, de relatos, de asociaciones, de comentarios, de dramas, de fábulas. Dice Lacan que eso es propiamente el Edipo, un entramado literario de donde el sujeto adquiere las significaciones, contigüidades verticales marcadas por una falta. Por eso el deseo del sujeto siempre es el deseo del Otro.

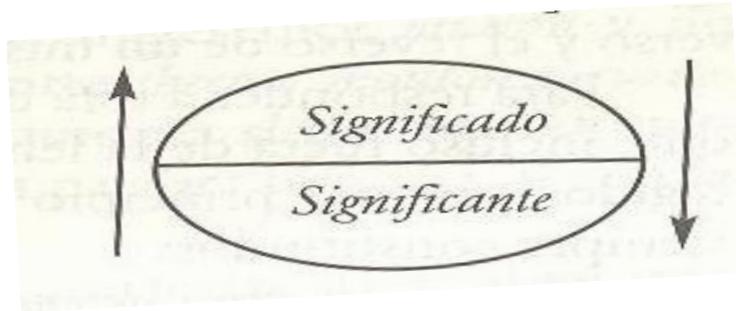
El Otro y el sujeto, dos campos que carecen de reciprocidad, pues entre ellos está el inconsciente como discontinuidad. Pero los cortes, las fallas, los silencios, los retruécanos,

CONCLUSIONES

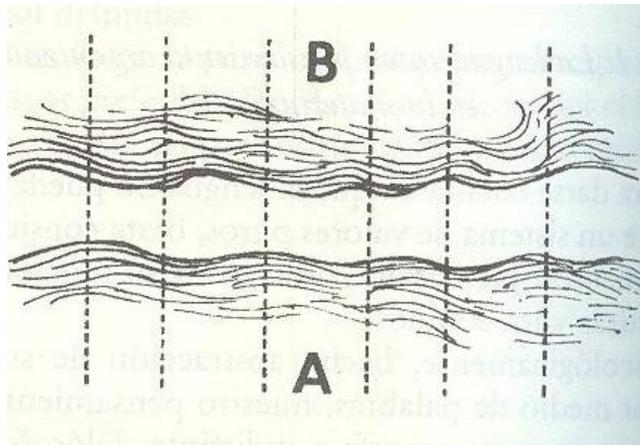
están articulados en la metáfora y en la metonimia. El sujeto de Lacan es calculable a pesar de la latencia metonímica y de la explicitación metafórica, de los efectos retóricos y de los retruécanos del inconsciente. Allí está el sujeto, ubicado en los ejes sincrónico y diacrónico para ser localizado como efecto de su enunciación.

APÉNDICE

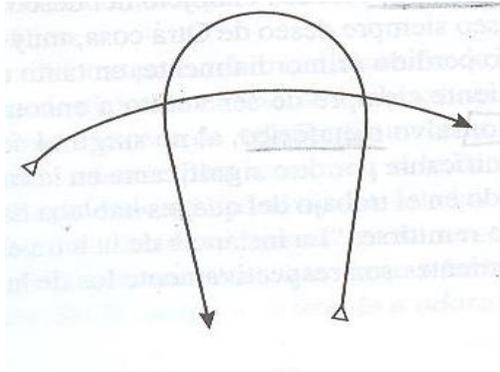
Esquema 1. Tomado de: Saussure, F., *Curso de Lingüística General*, Editorial Losada, España 2007, p. 215



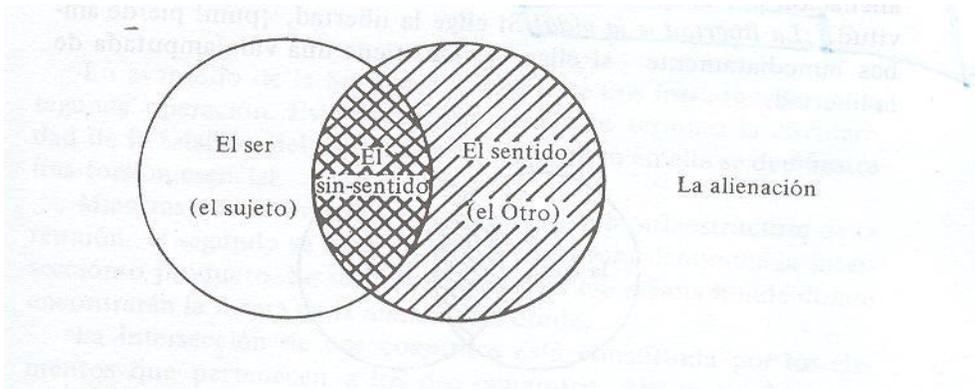
Esquema 2. Tomado de: Saussure, F., *op. cit.*, p. 215



Esquema 3. Tomado de: Lacan, J., *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*. Ediciones Paidós, Buenos Aires, 2010, p. 16



Esquema 4. Tomado de: Lacan, J., *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Ediciones Paidós, Buenos Aires, 2010, p. 219



BIBLIOGRAFÍA DE JACQUES LACAN

Lacan, Jacques, “La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud”, en *Escritos 1, Siglo XXI*

Editores, México 2009.

_____ “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, en *Escritos 1, Siglo XXI Editores, México, 2009.*

_____ “Seminario sobre ‘La carta robada’”, en *Escritos 1, Siglo XXI Editores, México 2009.*

_____ “El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada”, en *Escritos 1, Siglo XXI Editores, México 2009.*

_____ “La cosa freudiana, o el sentido del retorno a Freud en psicoanálisis” en *Escritos 1, Siglo XXI Editores, México 2009.*

_____ “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo”, en *Escritos 2, Siglo XXI Editores, México, 2011.*

_____ “Posición del inconsciente”, en *Escritos 2, Siglo XXI Editores, México, 2009.*

_____ “La metáfora del sujeto”, en *Escritos 2, Siglo XXI Editores, México, 2009.*

_____ *Seminario 2. El Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2010.

_____ *Seminario 3. Las psicosis*, Ediciones Paidós, Buenos Aires, 2008.

_____ *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2010.

_____ *Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2010.

_____ *Seminario 20. Aun*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2011.

BIBIOGRAFÍA GENERAL

Saussure, Ferdinand, *Curso de lingüística general*, Editorial Losada, España, 2007.

Benveniste, Émile, “Naturaleza del signo lingüístico”, en *Problemas de Lingüística General I*, Siglo XXI Editores, México, 2009.

_____ “Semiología de la lengua”, en *Problemas de Lingüística General I*, Siglo XXI Editores, México, 2009.

_____ “La forma y el sentido en el lenguaje”, en *Problemas de Lingüística General II*, Siglo XXI Editores, México, 2009.

_____ “Semiología de la lengua”, en *Problemas de Lingüística General II*, Siglo XXI Editores, México, 2009.

Derrida, Jacques, *De la gramatología*, Siglo XXI Editores, México, 2005

_____ “El cartero de la verdad”, en *La tarjeta postal. De Sócrates a Freud y más allá*, Siglo XXI Editores, México, 2001

_____ “La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas”, en *La escritura y la diferencia*, Editorial Anthropos, Barcelona, 1989.

_____ “La mitología Blanca”, en *Márgenes de la filosofía*, Ediciones Cátedra, Madrid, 2008.

_____ *Posiciones*, Editorial Pre-textos, Valencia, 1977.

Beristáin, Helena, *Diccionario de retórica y poética*, Editorial Porrúa, México, 2000.

Jakobson, Roman y Magariños de Morentin, *Semiología, afasia y discurso psicótico*, Rodolfo Alonso Editor, México, 1978.

Freud, Sigmund, “La interpretación de los sueños”, en *Obras Completas*, Tomo IV, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.

_____ “Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora)”, en *Obras Completas*, Tomo XII,

Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.

_____ “Estudios sobre la histeria”, en *Obras Completas*, Tomo II, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1976.

Morales, Cesáreo, *Fractales. Pensadores del acontecimiento*, Siglo XXI Editores, México, 2007.

_____ “Avaricia: *epojé* en escena” en *Devenir de los afectos. La avaricia*, University of San Diego, California

Milner, Jean-Claude., *El amor de la lengua*, Editorial Visor, 2006.

Poe, Edgar, “La Carta Robada”, en *Relatos*, Ediciones Cátedra, Madrid, 2003